

matojo

vivencias de un niño

por Jacobo Morales Ortiz

editorial cordillera



JACOBO MORALES ORTIZ

MATOJO



EDITORIAL CORDILLERA, INC.

SAN JUAN DE PUERTO RICO

1975

© Jacobo Morales Ortiz, 1975

Derechos reservados

ISBN: 0 - 88495 - 136 - 7

Depósito Legal: B. 46222 - 1975

Diseño de portada: NEIL ROMAN

Foto de la portada e ilustraciones: CANDIDO ORTIZ

Editorial Cordillera, Inc. - Apto. 170 - Hato Rey, P. R. 00919

Imprime: MICSA, Rosellón, 47-49, Barcelona-15 (España)

Impreso en España

Printed in Spain

PRÓLOGO

¿Cómo vieron a Jacobo Morales Ortiz sus amigos y compañeros de su tiempo? En sus años de muchachez y juventud lo recuerdan por su pasión amorosa hacia el mundo de lo bucólico y el modo del apacible vivir provinciano. Esta querencia fue una obsesión que se adueñó de su alma desde su edad temprana.

“Es en ese ámbito de serenas claridades” —decía él en sus noches de bohemia literaria— “donde mi espíritu se solaza con el encuentro de la belleza en sus más elevadas alturas”. “Si algún día me propusiera escribir un libro” —repetía— “lo haría sobre todo esto que ha nutrido mi ser con el goce feliz de las más puras ensoñaciones”. ¡Laudable premonición!

Jacobo Morales Ortiz ha escrito su soñado libro *Matojo*. Su composición literaria la conforman una serie de estampas paisajistas y recuadros de personajes que el autor emancipa de la imprecisa esfera, para

darles la definida real presencia del sentimiento íntimo en su más pura forma de excelencia expresiva. El libro *Matojo* está escrito para todo lector que desee buscarse a sí mismo en su propia naturaleza y en el mundo exterior que le circunda.

Miradas por su fondo puede apreciarse que en todas las estampas contenidas en el libro, fluyen en armoniosa conjunción de movimiento los mensajes clásicos de la verdad que redime, la novedad que sorprende y emociona, y la naturalidad sin las pretensiones de lo elocuente. Por su elocución los temas se columpian, con donaire, entre los elementos de lo narrativo y lo descriptivo en su función estética. En ambos de estos trances literarios se advierte una profusa afluencia de donosura y sensibilidad.

Por su estilo, el libro *Matojo* refleja el alma del autor y su auténtica personalidad imaginativa. En su fondo, los temas de la obra se mueven entre lo lógico y lo pintoresco. Por su forma, se advierte un enlace primoroso entre el fluir lírico y el elegante. Es en este punto en que el autor se sitúa en la más alta expresión de su sensibilidad artística.

Con su libro *Matojo*, Jacobo Morales Ortiz entra por vía franca al elusivo imperio del arte literario. Es de presumir que no será su primer libro; quedan aún surcos abiertos para futuras vendimias.

MARIO PAGÁN

DEDICATORIA

A los abuelos y a mis padres, como homenaje a su memoria; a Margarita, con amor. A mis hijos Jacobo, Javier, Blanca y Helvetia, y a los nietos Male, Cobin y Pancho: Perspectivas de esperanza, nacidas en mi corazón.

A Lajas, resumen del existir puertorriqueño, cuna de los míos y ámbito de recuerdos.

ACOTACIONES

I

Unos relatos de recuerdos, en secuencia, forman este libro; y por ellos conocemos los anhelos del autor de dar vida a su pasado en el alma del niño que lleva en su corazón ...

... es la faena literaria de un apuntador que pone, en el pensamiento y en los labios de un niño, el realismo de unos aconteceres; de unas vivencias muchacheras narradas con la ayuda de matices poéticos, impresionistas ...

II

... su personaje central es un niño-muchacho de rubios cabellos. Nadie se explica el porqué de su nombre Matojo ...

... pero sí se habla del parecido de su cabellera a las menudas espiguitas silvestres de los matojos: poética semejanza a esa yerbilla de finísimos tallos, empenachada de vellosos flequillos dorados en fatiga de sol, que se presta al retozo ondulante de los vientos; que crece abundante entre el matorral puertorriqueño —un crecer que va del campo al pueblo— y que bien se le encuentra empecinada en las grietas de las aceras, en las murallas rotas ...

... Matojo y lo agreste de las espigas... ¡qué dichoso encuentro!

J. M. O.

I

ACONTECER NOCTURNO

I

¡CUÁNTAS emociones y recuerdos me trae el llover en esta noche de junio! Arrebujado en el calorcillo de mi alcoba, oigo las ráfagas de los chubascos y siento su frescura que llega en aromas de tierra mojada. Con el frescor, van llegando las viejas ternuras a mi alma; tiernas como antes, pero con la nueva misión de servir de contraparte al sórdido pragmatismo que me acecha ...

... Estoy sensitivo, en duermevela; más bien en un querer estar despierto, en desvelo sosegado; sosiego que necesito para sentir mis emociones en sus juegos

de románticas fantasías; y llegar al atrevido fantaseo de anhelar hacerme lluvia para jugar a los aullidos con el viento en las celosías ...

II

... Es más de la medianoche, cesan los aguaceros; y se oyen los torrentes en los techos y en las calles: un discurrir de aguas presurosas que hace murmullos y gorgoteos en los vertederos ...

... El viento hace susurros en el follaje mojado; y de sus escondrijos salen los coquíes para glorificar en algarabía la llegada de las lluvias ...

III

... Clarea la noche, y la luna va poniendo festones plateados en los bordes de las nubes ordeñadas; nubes rendidas que el viento desperdiga en rizosas madejas blancas; madejas que se entretajan en un caprichoso remedo de formas fugaces: medallones de clásicas madonas, rosas, águilas, corceles briosos ...

IV

... Un agradable relente iluminado entra por las rejas de mi alcoba; y la luna tira en mi cama, por todas partes, los trabados diseños geométricos de las rejas; y los diseños graban su composición simétrica en

las paredes. Es una bella simetría animada por la movida proyección de la ramas de los robles. Son figuras en trazos firmes, algunas; mas otras, diluidas en contrastes, dan la ilusión de terceras dimensiones; y de este conjunto de maravilla surge la pretensión de una clásica galería cubista. Pienso en el cubismo de Picasso, en su genio que realiza el milagro de dar sentido de vida, de alma, a lo inanimado ...

V

... Mi duermevela es ya un cavilar trascendente; un meditar al amparo místico de la ordenación serena del ocurrir de la noche. Y mi embeleso toma la dación de la hora: remanso de paz para dialogar con lo que veo y siento ...

... pero llegan las rebeldías, y me posee un deseo incontenible de liberarme de las tediosas sujeciones que me esclavizan; de buscar en mí mismo lo que fui y lo que soy ...

VI

... El pensamiento ha llamado al orden, porque está en candiles de vigilia, en dinámica de ir ...

... y sin hacer luz, a tientos, camino por los pasillos; un torpe caminar en penumbras, llevado tan solo por los reflejos lunares que entran por las persianas de la sala ...

... Mi andar está lleno de sospechas y recelos. Todo me parece tenebroso entre estas paredes que me aprietan; me aturde el silencio ominoso que zumba en mis oídos. Los cuadros de exóticos motivos, los muebles, las alfombras que muerden blandamente mis pisadas, toman trasunto de fúnebres esperas ...

... y seguido de fantasmales atavismos, un tanto presuroso, llego al balcón. No hay luz en las calles, pero me calma el regalo de una esplendorosa luna llena en un cielo de acerado azul ...

... Siento el éxtasis de lo sublime cuando el ámbito de la noche fulgura como si tuviese el preciosismo de una enorme gema en mezclas de multicolores destellos: piedra que tiene riqueza de perlas en los copos de las nubes; brillo de acerina en las calles mojadas y rutilar de diamante azul en las gotas de lluvia que se han prendido en el césped y en el charol de las hojas de los robles ...

VII

... Callejean las sombras en las calles encharcadas: charquerío deshecho por ruedas veloces de automóviles que trasnochan; ruido de ruedas que me recuerdan el crepitar del agua al caer en planchas ardientes ...

... zumbar de alas de pájaros e insectos que medran en la noche: criaturas furtivas de tempranas libaciones ...

... pasos y bostezos, desganados y soñolientos, del

vigilante que regresa; del guardia de palito que lleva la macana en su macuto vacío; macuto que no conoce de abundancias, cundido de migajas de pan viejo ...

... muchos perros vagabundos en tropel: perros en jadeos de amores que trotan, sumisos, tras una perra dañada que brincó la talanquera: perra de rabo caído, apretado, que va huyendo despavorida de tantos instintos bestiales que la persiguen ...

VIII

... Mi meditar transcurre entre reposos y caminares, viendo pasar las escenas callejeras ...

... y del puro sentir nacen las introspecciones que se han ido aposentando en mis fondos perceptivos: percepciones que van nutriendo el caudal de mis recuerdos. Del recordar florecerán las semblanzas de mi vida en tributo a esta noche de vigilia ...

IX

... Una brisa súbita, que anuncia nacientes claridades, va desvaneciendo mi poética velada de insomnio. Es la brisa del amanecer que desbarata el hechizo de mi duermevela; que deshace el titilar de las últimas gotas de la lluvia ...

... ¡Qué sensación de bienestar al aspirar hondo la fragancia del alba!

II

EL MAÑANEAR

I

LA claridad de la mañana llega a mis ojos aletargados; ojos que han enrojecido las arenillas del trasnochar ...

... y con la mañana llegan los ruidos y los ajetreos con sus afanes urbanos: afanes que hacen estragos en la urbanidad de la gente; de esas gentes en haz apretado, que se estorban y se empujan en su locura de llegar ...

... Es una mañana bocinera de aturdimientos; es un mal despertar que hace olvidar hasta el hábito de las mejores costumbres. Es un olvidarse del galanteo ante

el presuroso taconear oficinesco de las muchachas que pasan; de esas féminas untadas de afeites y perfumes, de faldas ombligueras, que en la premura del caminar han perdido el donaire de sus formas ...

II

... He tomado el primer café negro para espantar el sueño. Estoy en la penumbra amable de la sala, reclinado a gusto, ordenando mis emociones ...

... Persisten las vivencias de la noche con su lluvia y su luna; y me emociona el cantar de un coquí que se empecina en seguir vitoreando la llegada de las lluvias a la sombra de los robles, en la oscuridad de su escondrijo ...

III

... Pienso en el coquí ... y en su alegría que le hace olvidar sus tormentos en los meses de sequía ...

... Su cantar en la mañana es un mensaje que se ha prendido en mi alma. Yo también quiero contar mis alegrías para que se vayan los tiempos penosamente secos, estériles, de mis ausencias de lo emotivo ...

III

LA FUGA DE MATOJO

I

AFUERA, es clara y fresca esta mañana de junio. Y con la exuberancia mañanera del florecer, han llegado las reinitas en alborozo de revuelo y piar: reinitas que liban nerviosas en las flores y que luego hacen graciosos chapuzones en las jarras. Sonríó cuando una de ellas, la más vivaz, se acerca a la ventana revolando con un pétalo de rosa que el viento prendió en su pecho; y ensaya trinos para que la vea lucir como si fuese una guapa moza casadera, en busca de novio, que lleve ceñido el terciopelo de un corpiño escarlata ...

II

... Las nubes que pasan hacen cambiante la luz; y se produce un juego de claros y sombras que va componiendo fugaces matices de rojo en los flamboyanes paridos de Floral Park ...

... ¡Alas, cielo y colores a tornasol en la floresta! Todo es un acontecer poético de ternuras. Al conjuro de mis embelesos, el tiempo se hace recuerdo; un tiempo de renuevos que me va llevando por los viejos caminos de mi infancia ...

... y aparece en las perspectivas de mi pasado la imagen menuda de Matojo (como me apodara el papabuelo José); del niño-muchacho, inquisitivo, romántico, que siempre he llevado dentro; pero que ahora lo libero para que vuelva a sus vacaciones de vivencias pueblerinas, de ruralías; y quedarme con el nostálgico vacío de su ausencia para tener tan solo el consuelo de narrar sus andanzas y descifrar sus emociones a la luz de su naciente y audaz raciocinio ...

III

... Ya Matojo tiene ante sí dos caminos, igualmente amados: uno, que conduce al inolvidable pueblecito de su tiempo; el otro, que llega hasta el ámbito apacible de la finca La Candelaria del abuelo ...

... Atraído por las frutas y la placidez bucólica, toma primero el camino de las ruralías hasta ir perdién-

dose en las sombras de los flamboyanes. Su figurilla se aleja por los trillos hondos del camino de los Perros: un camino pedregoso, entre flancos de mayas, que trepa por el cerrerío de La Candelaria ...

... Por allá va el muchacho andariego recelando de las iguanas bobas que se arrastran, ocultas, en la hojarasca. En los claros se detiene y arranca espiguitas de yerba fresca para mordisquearles los tiernos palmillos de verde nuevo: blandura de tallos dulces, como tiernas y melosas sus ilusiones de llegar a la Casa Grande del papabuelo: casa acogedora, de grandeza solariega ...

IV

MUNDO DE ESPLENDORES

I

MATOJO tiene noticias de que La Candelaria tuvo una vez asomos de hacienda cuando funcionaba el molino de azúcar. Pero para él este pasado no tiene sentido. Es tan solo un ayer de mudas reliquias: el ranchón de las artesas, las enmohecidas masas de molino, los grandes fondos de hierro, las hornallas y un conjunto de casitas peoneras de sabor aldeano ...

... Él ve en La Candelaria de sus días un prodigioso mundo de esplendores; una extensa dispersión de predios en diversidad de cultivos y crianzas; deslindes de

afanes agrícolas que contrastan con los apartados para-
jes boscosos en abundancia de frutas ...

... En los accidentes de su lomerío gandulero hay
durezas tosqueras; pero sus tierras son blandas y férti-
les en las rehojas que refrescan las quebradas; rumo-
rosas quebradas, ahítas de guamás y pomarrosas ...

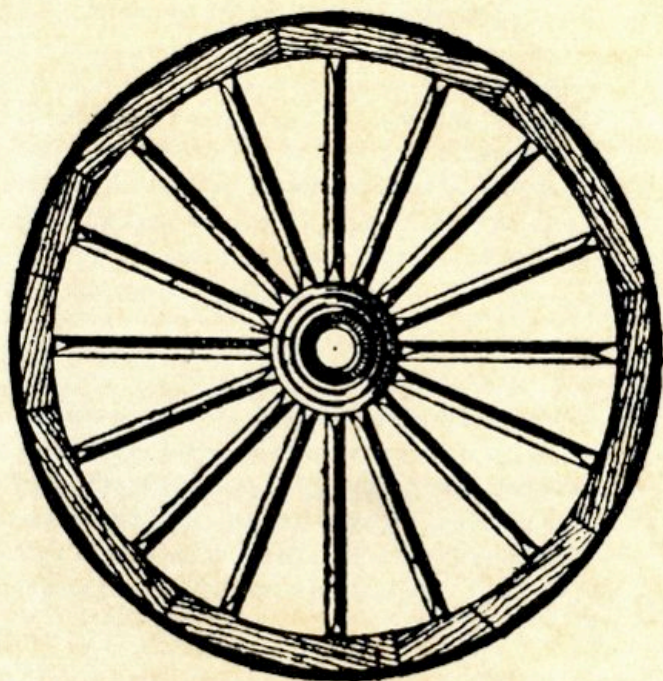
II

... Camina, comprendiendo a medias ese mundo de
faenas campesinas. Oye bramidos y relinchos; y el chi-
rriar de los arados hace que su boca, en agruras de
guayaba, haga un mohín de denteras ...

... Oye el estallido de un látigo que riega de ecos
desapacibles las hondonadas; y el sordo rumor de las
vacas que vienen, lo hace subir a la barranca. Pasan
las vacas en apretado forcejeo de cuernos, dejando su-
cio y hediondo el camino ...

III

... Es ya la tarde, y de los surcos terraceros de las
lomas le llega el tarjante "cascajear" de las azadas; y en
los surcos revientan los botones retoñeros de las cañas
recién cortadas; y sobre esas tierras de sol se inclinan
espaldas, en sudores, de peones que despajan, de criollos
que desbrozan largas jornadas de pocos reales ...



IV

... Los carros han soltado sus cargas de cañas en los desvíos; ahora regresan livianos, en traqueteos, por el camino viejo. Hay canción de caminos en el rechocar de las arandelas en los ejes: canción que tiene de fondo los "oisos" de los carreteros cansados, de hombros caídos, que han tendido las garrochas sobre los yugos, y que viajan a la mujeriega en los tirantes. Peso de tirantes en la tarde de cansancios, que baja las cabezas de los bueyes que tiran a desgano ...

V

... Rezagada viene la Tartana: destartalada carreta mandadera que hace oficios de cargas livianas en la finca. En su desgastado eje de palo giran en bamboleos sus ruedas patizambas: ruedas locas en juego de vai-venes. Van tirando de la carreta Espuma y Pañuelo, la famosa yunta rompeyugos de otros tiempos ...

VI

... Y Cando, el viejo carretero de la familia, detiene la Tartana para esperar a Matojo. Siguen juntos, sentados: el viejo en el tirante y el niño aferrado a la baranda ...

... Cando le habla a Matojo con ternura de abuelo. A ratos ladea su boca tabacosa para arrear con chasquidos de lengua y muelas; y pica blandamente a la yunta con la rajada garrocha de puya roma ...

V

HUESOS Y PALOS VIEJOS

I

¡CUÁN sugestivas, para grandes y chicos, las estampas de bestias de tiro uncidas a viejas carretas! Símbolos son de la lucha del pasado heroico del hombre: de un pasado de abnegación y conquista que va de lo aguerrido al candor romántico ...

... La Tartana tiene el colorido de una de esas carretas de parsimonias que propicia el dialogar con el acontecer. A su lado todo pasa con un sosegado adiós ...

... Matojo va en regocijos de candores; viaja entretenido, sin escuchar siquiera los relatos de Cando, aten-

to tan solo al rodar de las ruedas que van trillando el cascajo del camino ...

... La carreta es para él un trasunto de juguete grande: un juguete sin cuerda, que no tiene las dulces mentiras de lata pintada de los juguetes del Día de Reyes. Es un ir en jugueteos que le permite llevar colgadas sus piernas en retozos de péndulos a los tirones de la yunta ...

... Le apasiona este viajar de rudezas. Es un inolvidable ir en deleite de vaivenes, oyendo el rimar en chirridos de los tornillos flojos en los desquicios de las maderas: rimas metálicas que el viento ablanda en las soledades boscosas; soledades en armonía de ecos y rumores que tienen de contrapunto los lamentos aflautados de las palomas turcas ...

II

... El sol de la tarde se hace fulgores de oro en sus ojos; un sol caído que va alargando, en deformación de sombras, todo ese movido conjunto poético de viejo, niño, carreta y yunta ...

... Y huyendo del sol, vuelve su mirada para ver, en ilusión de cine mudo, el subir y bajar de aquellas sombras sobre las impresiones de las ruedas: trazos que van quedando como vías; y volteando de través en las vías, el abanico de los rayos de las ruedas; y por entre

las varillas del abanico las zancadas gigantescas de Espuma y Pañuelo, la mansa y noble yunta de bueyes blancos ...

III

... Abruptas cesan sus fantasías. Pañuelo ha falseado y caído de pechos, grotesco. Y de los instintos del buey surge la temeraria majestad del otrora rompeyugos. Y la bestia se yergue lastimosa, izando en desafío la rabiza en greñas de su rabo ...

... Pañuelo ahoga su dolor en un apagado mugido. De sus rodillas salen regueros de sangre. Cando estruja, con premura, hojas de zorra hasta hacerlas zumo: espeso zumo verde que unta en las heridas ...

... La yunta reposa a la sombra rala de un almendro en espera, para seguir luego sin prisas ...

... Pañuelo inicia el paso tirando bajo, cojeando. De su hocico de resuellos cuelgan hilos de baba: hilos que van tejiendo signos de fatiga en el polvo ...

IV

... El desvarío del juguete grande se desvanece con el percance. Matojo ve ahora que la carreta es vieja, de piso áspero, astilloso; y observa que sus tuercas y tornillos se han salido, como huesos, de la carne de la madera seca ...

V

... Son compasivas sus miradas. Como queriendo glorificar la honra de lo viejo, sus manos frescas se posan fraternas en las manos secas de Cando; en aquellas desolladas manos carreteras que aprietan a medias la rajada garrocha de puya roma ...

... y aviva su compasión el mustio y sucio pelaje blanco de los decrepitos corpachones de los bueyes: pelaje que se hace tostones de pelambre en los salientes de los huesos; pero siente alivios al ver que van flojas las sogas en las cogoterías ...

... han tomado el angosto camino de El Chiquero y Cando ha empezado el relato de la llegada a La Candelaria de Espuma y Pañuelo ...

VI

EL OCASO DE UNA YUNTA

I

EL traquetear de la carreta ha quedado atrás. Ahora su rodar por el suelo estercolero de El Chiquero, a la sombra de las guavas y los tamarindos, es suave y placentero ...

... Cando, previniendo fuegos en los pajares, desceñiza y destripa su cigarro; pero Matojo no ve que el carretero está llegando al final de su jornada y le pide que le cuente más de la vida de la yunta ...

... Cando, en su voz asmática de bajo, relata que Espuma y Pañuelo llevan siete años de pareja ayuntada

en La Candelaria: que llegaron en el apogeo de su fama de la bajura de San Germán, allá para el año del cometa "Jali"; bueyes bajureros de soberbia alzada, rompeyugos en los atolladeros ...

II

... El Chiquero es en la tarde un ámbito de voces, bramidos y rebuleos. La yunta queda libre del yugo y en mansedumbre cruza el cercadillo para beber en la pileta. Zanqueando detrás van unas garzas blancas, hambrientas, que acuden todas las tardes a limpiar de garrapatas las barrigas de los bueyes ...

... Los becerros de mamar berrean su destete en los corrales; y al estallido de los látigos las vacas liberadas del ordeño salen de estampida, corneándose, camino de los cercados, a pastar ...

... Pero Espuma y Pañuelo vuelven, como siempre, a las artesas del pesebre; regresan a comer en blandura de atoles lo que sus desdentadas encías no pueden tronchar en los pastizales ...

... ¡Qué cuadro de rendida obediencia! Matojo tiene conflictos de emociones que van de lo alegre a lo triste: alegres, cuando se detiene en el pasado heroico de los bueyes; mas tristes, ante la desoladora impotencia de una yunta buena en espera de misericordia ...

... Y la misericordia plena del niño llega al establo

para ver que los ojos de las bestias están vidriados, en súplica: ojos chorreosos de seniles humores, festoneados por un repulsivo halo de moscas negras ...

... las artesas están vacías y, clavada junto a ellas, está ociosa la hocilla. Matojo corta en la hocilla puñadas de yerba fresca. Se oyen relamidas de lenguas ásperas en el pesebre ...

VII

SANGRE Y TERNURAS

I

LA yerba está teñida de rojo: es sangre de una mano de Matojo, al herirse en la hocilla ...

... El muchacho maldice en un rabiarse de enojo mientras chupa asustado la herida; sus ojos van cuajando botones de lágrimas; un cuajar de soberbias perlas que el parpadear rompe en torrentes, en regueros que arrastran el polvo de sus mejillas pálidas ...

... Cando acude para poner zumo de hojas de zorra en la mano lastimada. Matojo sufre la untada. Es mayor

que los ardores en la carne, el desagradecer de los bueyes que siguen comiendo de la yerba teñida en su sangre ...

II

... El viejo y el muchacho regresan por el cercadillo: el carretero llevando la garrocha al hombro y el niño, rezongando, dando puntapiés a los terrones ...

... De lejos parece una familia de labriegos que regresara de las faenas; como si fuesen dos clásicos personajes de zarzuela que dieran animación a una iluminada estampa pastoral en el ocaso ...

III

... El acontecer novedoso de la tarde lo va sosegando; y se requeda embelesado ante un solitario lirio blanco y rojo que crece en el cercado de las novillas mozas ...

... Un crecer de una belleza plena entre pezuñas de reses y de fétidos hongos; y le arrebatara el deseo de salvarla, pero el salvajismo de las cornamentas y el veneno de los hongos lo detienen ...

... ¡Qué de misterios en los procesos naturales! Mattojo no entiende de las maravillas de las especies; del cómo el lirio y el hongo sacan su belleza y su fealdad del mismo estiércol ...

IV

... A pleno sol está cayendo un acuoso polvillo de "flor de tigüero": un fino y radiante lloviznar que propicia la formación de un hermoso arco iris ...

... y el lloviznar hace que reverberen las emanaciones de la tibia tierra estercolera: un trasluciente reverberar de grises que, mirando a su través, da a las cosas un grotesco movimiento de pantomima ...

V

... Abandona pensativo la estancia. Mira a su mano lastimada; se vuelve para contemplar la triste soledad de los bueyes en el pesebre; piensa en el lirio y le repugnan los hongos; pero siente, alma adentro, el esplendor fascinante de la tarde ...

... Matojo sigue a Cando por el sinuoso sendero de Los Mirtos: sombreado caminito que sirve de atrecho para llegar a la Casa Grande ...

VIII

TRASUNTO DE SELVA

I

EL de Los Mirtos es un sendero entre el follaje, ladeando el cafetal; más bien es una vereda que han trillado pies de premuras en apuro de atajos ...

... Por él camina Matojo, haciendo desparpajos en el ramaje; va en sospechas, previniendo las traiciones de las abejas, de los "chivos" motosos que flotan, de las pingamosas ...

... Tropieza su mirada con unos granados varillosos que ofrecen unas pocas granadas turradas; y él las codicia, pero no se atreve tomarlas por su miedo a los gungulenes ensortijados en las varillas ...

... De la vereda parten otros senderitos; y por uno de ellos hace hurtadillas, atraído por la trabazón umbrosa del cafetal ...

II

... Y la espesura lo lleva al fantaseo de las simulaciones: en arrebatos tarzanescos se columpia en las ramas, dando gritos prolongados para hacer más excitante la aventura de los saltos ...

... Los ecos y murmullos son fragor de selva. Las iguanas semejan serpientes en perenne huir por entre la hojarasca; los gatos que persiguen a las ratas parecen tigres en acoso de presas mayores; quiere que las mangostas que urden burlas a los perros en los matorrales, sean hurones que se zafan de los chacales ...

... Aves de fábula son los zorzales que cantan a la gloria de sus alas en lo alto de los mangós; son alas de lejanías que llevan envidias a los animales de escondites ...

... En su ficción selvática se hace cazador; y con su honda lanza piedras sin tino que desbaratan el follaje; y en su imaginación las gallinas que huyen cacareando, son avestruces; y los peones que corren agachados, hacen las veces de tribeños hostiles en fuga ...

... Las chopas mangoseras que han caído en la re-friega, son trofeos para el cazador: chopas tempraneras que tienen los primeros amarillos de junio ...

III

... En la horqueta de un cafeto reposa la más hermosa de las chopas; y como si fuese un presente de los dioses, la toma con la gallardía de un guerrero; y su boca se llena de exquisiteces amarillas ...

... Matojo medita su travesura de quimeras; y piensa, a su modo, que el cafetal es para el Abuelo una que-
rencia de primores; que es el símbolo de una abnegación levantado en una comarca de pocas lluvias ...

... Y se oye una voz grande, de bondadosa reprimenda: "Matojooo...".

IX

CONCIENCIA CULPABLE

I

Y porque sabe de quién es la voz que lo llama, siente la vergüenza de sus desmanes y a su conciencia llega el arrepentimiento de haber hecho destrozos en el cafetal de las querencias del papabuelo José; del abuelo bueno que siempre le ha dicho: “No hieras viciosamente a los árboles ni a las matas, porque sienten dolor; y la savia que derraman es su sangre” ...

II

... No sabe si seguir o regresar; pero sus vacilaciones son vencidas por las obediencias que le debe al abuelo; mas siguen escondidas las culpas en los repliegues de su alma ...

... A lo lejos ve al papabuelo, en espera. Retarda sus pasos e hinca su mirada en el suelo buscando excusas ...

III

... Y en arrebatos de falsas valentías, como el que saca fuerzas de flaquezas, acelera su andar con un dejo de teatral arrogancia ...

... Su mirada ha vuelto a caer en los bajos de la culpabilidad sumisa; el abuelo se acerca y le levanta la cabeza, y Matojo recibe el alivio del mirar comprensivo de aquellos hermosos ojos azules; de esos ojos que en el transcurrir de las generaciones han perdido la azul penetración inquisitiva de su ascendencia nórdica, para diluirse en los añiles bondadosos de un mirar puertorriqueño ...

... El abuelo y el nieto hacen un diálogo de miradas con esbozos de sonrisas escondidas. Luego, una orden rompe el silencio: "Dame la honda y anda a lavarte para la cena" ...



X

L A C E N A

I

¡QUÉ agradable es la hora de la cena en el amplio comedor de la tinaja de la Casa Grande!

... Es el instante del comer en el solaz de un íntimo gregarismo familiar, ensombrecido tan solo por la ausencia de la abuela muerta ...

... Una comensalía de hijos, nietos, sobrinos y allegados; todos en postura de urbanidad en derredor de la figura patriarcal del abuelo, que encabeza la mesa ...

... y entre olores de guisados y sonar de platos, se habla de aconteceres familiares, de las sequías y de las lluvias ...

... Matojo come con remilgos, con escarbar de desgano, en espera de que alguien nombre su travesura en el cafetal; presume que todas las miradas se vuelven a él en gestos de reprobación ...

II

... Terminada la cena, todos salen a la sala a ver y escuchar un cilíndrico fonógrafo que ha traído el tío Juan Cancio. Es la primicia de la fonografía: un grotesco artefacto de cuerda que suena cuando una aguja en posición vertical se desliza sobre un rayado cilindro horizontal en movimiento. El raspar de la aguja hace casi inaudible la grabación de la pieza musical. Es una canción, de la que Matojo tan solo escucha: "Amarillo sí, amarillo no" ...

... Y pasada su breve curiosidad por ese aparato de más ruidos que armonías, hace mutis ...

XI

LA CASA GRANDE

I

A Matojo le aburren los encierros y le atormentan las disciplinas; pero no ve encierros disciplina-rios en la Casa Grande. Para él es tan solo un domicilio de grandes proporciones, un recinto de amable convi-vencia ...

II

... La Casa Grande reposa en el corte de replano de una loma baja, rodeada de un lomerío mayor. Está hecha de ausubos y tachuelos. Su techo tiene el apa-gado rojo musgoso de las tejas y su corrido balcón aba-

laustrado está ensombrecido por las enredaderas y los jazmineros; su amplia y alta escalera luce el rojo descarnado de sus ladrillos: ¡bella escalera de recuerdos, de barandas ladrillosas que bajan para terminar en rosca de recios pedestales!

III

... La casa ya ha tomado el nombre novelesco de Casona en la imaginación de Matojo; en la mente ágil de este niño-muchacho de retozonas inquietudes románticas ...

... Los extraños dirán que es una casa de embrujos porque todos los ecos llegan a ella; es la recepción de los ruidos y las voces que corren en repercusiones por entre los collados de las lomas mayores; todo queda explicado en el singular conjunto de conformaciones naturales que hacen de la Casona un centro acústico de recepciones y emisiones ...

XII

LARGA ES LA TARDE

I

EN el campo no hay premuras; en él se vive en un ocurrir de días de horas largas, pacientemente, sin más novedoso acontecer que el remate de las faenas del diario trabajar ...

... pero las prisas están en Matojo que quiere seguir sacando jugos de retozos a esta larga tarde, después de la cena; un inquietante jugar de mañas pueblerinas ...

II

... Está jugando a los ecos con Julito: él en la Loma de las Yucas y el otro en el Cerro de los Espinosa ...

... —Julitooo... Julitooo..., ¿me ooyes...? ¿Me ooyes ...?

... —Sííí... Sííí. Te oooigo... Te oooigo...

... —¿Cuándo vieneees...? ...¿Cuándo vieneees...?

... —Mañanaaa... Mañanaaa...

III

... El sol se va escondiendo lentamente detrás de los cerros de Palmarejo. Las claridades en las hondonadas se tiñen de sombras medrosas ...

... Y porque esas sombras traen miedos, Matojo regresa a la Casona. Para él el anochecer es la hora más triste en La Candelaria: la hora rendida de los reposos; del batir de alas de gallinas y guineas en busca del mejor guarecerse en las ramas altas ...

... Y como para espantar los recelos, con una tabla, raspa en carrera la balaustrada. Los ecos traen un tabletear de tiros inauditos del Monte de Gustavo ...

XIII

VELADA NOCTURNA

I

UNA retozona cofradía de nietos ha tomado asiento en la escalera para la velada nocturna. La misma función de suspenso de todas las noches bajo las candilejas de las estrellas; y actuando como siempre, las sombras y sus misterios, los ecos temerosos de voces y ruidos, las luces fugaces ...

II

... La espesa oscuridad hace más brillante el centellear de las estrellas en esta noche de junio; un imponente rutilar que llena de temores el alma de los niños ...

... Agapita, la simpática y amable empleada de las confianzas familiares, es la animadora y cuentista de la noche; y Matojo le pregunta: —¿Cuéntanos algo de las estrellas?

... —No sé nada de las estrellas; solamente lo que dice la gente: que Dios las puso en el cielo para guiar a los navegantes ...

... Sin esperarlo, aparece una luciérnaga, y todos de consuno gritan: “¡Una estrella! ¡Una estrella! ¡Una estrella!”. Luego, las chanzas y las risas, muchas risas nerviosas ...

III

... El espectáculo tiene el singular comienzo de una enorme bola luminosa cruzando el firmamento. Todos callan y tienen ojos de asombro ante el paso fugaz de un meteorito. Matojo, en expectante silencio, piensa: “Es una estrella que va en busca de un navegante perdido” ...

... Las gallinas hacen amagos de cacareos y los múcaros interrumpen sus rapacerías en el cafetal para hacer graznidos en tonos de croar ...

... Los murciélagos vuelan azorados, en silbidos, deslumbrados por el bólido de fuego; y la muchachería se cubre las cabezas al recordar los cuentos de que aquellas alas suelen enredarse en las cabelleras ...

... De lejos vienen los bramidos y rebuleos; y los aullidos de los perros ponen una nota de tristes presagios en los fondos de la noche ...

... Se oyen voces que el viento trae, en oleadas, de los cerros circundantes. Sobresale la voz de Barta, la anciana mandadera de pocas entendederas; un vocear áspero, de campana rota, que comenta en aspavientos ...

... De La Cuchilla llega un cantar acompañado por el redoblante de Martín: sonar de cueros tamboreros que da pie a un rosario cantado en "desgarraos"; en un tradicional desgarre de voces jíbaras que recuerdan el "cante jondo" del mediodía de España ...

... Agapita les dice a los muchachos que aquel cantar es en pago de una promesa religiosa que en vida hiciese don Vicente; pero lo que todos no aprueban es que ella haya mezclado el cantar con una promesa mortuoria en los instantes en que no se han disipado los miedos a los murciélagos y a los aullidos ...

IV

... El acontecer novedoso no ha dado lugar a los cuentos de Agapita; todo ha sido desasosiego y sobresalto en esta excepcional función de variedades ...

... Todas las miradas se fijan en una luz fosforescente que se forma en El Chiquero. La luz crece, como crece el sobresalto de los muchachos, y avanza flotando

a ras de tierra por entre el bosque del cafetal. Los múcaros lanzan horribles graznidos; y Matojo, acosado por el paroxismo del miedo, grita: “¡Huy... cuco!” ...

Todos corren en tropel gritando: “¡Un jacho! ¡Un jacho! ¡Un jacho!”

XIV

NOCHE DE MIEDOS

I

A COSADO por los miedos, Matojo ha querido dormir en el aposento del abuelo ...

... Ya todos duermen; pero él está desvelado, haciendo revuelcos para quedarse dormido ...

... y porque persiste el fantasmal recuerdo del "jacho", el sueño no llega ...

II

... Los ruidos van aumentando en el silencio de la noche y se hacen cómplices de los mitos de las apariciones ...

... El péndulo del viejo reloj de la sala pulsa los segundos de las horas interminables: horas que anuncian su pasar con un ronco campanear; con un tañer de campana rota que remeda el toque a difuntos ...

... El susurro persistente de las gotas de la tinaja se convierte en una monótona cantinela; y el ladrido lejano de los perros es tormento que llega en oleadas de fastidio ...

... Lo conmueve el crujir de las maderas de la Casona: ruido que suena a desperezos en quejidos ...

... Lo único que lo acompaña y conforta es el ronquido del abuelo: roncar en trompetillas que hasta lo hace sonreír ...

... Las emociones lo han cansado. Ya duerme. Las horas han pasado, con el mismo ritmo, olvidadas por el dormir de un muchacho agotado ...

XV

EL AMANECER

I

EL reloj ha dado cinco campanadas; campanear que no suena lúgubre como en la noche, porque es un reír de alegres campanillas que clarinean la llegada del amanecer ...

II

... ¡Qué bello es el amanecer en el campo! ¡Qué de alegrías...!

... Es un despertar movido por la dinámica vivificante de un sol temprano que se ofrece, sin esperar recompensas, a todo lo que vive; soleadas que propician la vida, que dan belleza y esperanza ...

III

... Las gallinas y las guineas están en impaciente espera de los maíces; los pájaros revuelan buscando pulpas y néctares en las frutas y en las flores ...

... Comienza la brega en los surcos; y se oyen chasquidos de látigos en represión de los bramidos ...

... Las vacas ofrecen sus ubres henchidas a los ordeñadores; ubérrimas ubres que sueltan chorros crepitantes en los porrones; un chorrear de cañería que se va apagando en las espumas ...

... Resuenan las macetas en los pilones; y de las cocinas salen humos en olores de café y leña quemada ...

... Los pavos reales despliegan en abanico los bellos tornasoles de sus colas y bailan orondos su danza de figuras al compás del consabido "tung...tung...tung..."; luego, espantados por los semillazos de Matajo, se alejan cantando la burla de sus "¡tijoeee ... tijoeee ... tijoeee!" ...

XVI

LAS POZAS

I

EL papabuelo de las tolerancias ha retrasado su mañanero baño en las pozas de la quebrada de don Carmelo, en espera de Matojo ...

... Adelante va el abuelo con una toalla al cuello y usando su vestimenta cotidiana: un viejo y amplio sombrero panameño, una guayabera y calzones blancos; y, embutidas a descuido en los botines, las patas del pantalón ...

II

... Los dos han tomado el senderito del cercado de los Mayens. Se oye ya el discurrir de la quebrada que va trenzando sus rizos rumorosos de espumas por entre las piedras: un pasar de aguas bajo los árboles en fruto de mangós, guamás y pomarrosas ...

III

... ¡Qué bienestar de frescura da esta quebrada! ¡Qué claras y puras las aguas de sus pozas! Diríase que en ella se ha vertido toda la poesía bucólica de los que buscan la paz en las frondas ...

IV

... El abuelo, guardando la tradición de los pudores, hace abluciones en la poza mayor al resguardo de unas matas; y el muchacho, en desobediencias, hace desórdenes de chapoteos en la corriente ...

XVII

EL COMEDOR

I

¡CUÁNTA libertad siente Matojo en esta mañana de vacaciones! Y porque la mañanera campana escolar del pueblo no le impone premuras, toma el desayuno en haraganeos ...

II

... Es una delicia tomar el desayuno junto al abuelo en este agradable comedor de amplias persianas fijas; persianal que deja pasar retazos de luz para tener el logro de una íntima penumbra.

... Muchas sillas generosas bordean la gran mesa familiar; no hay muebles ociosos, ni arrimos de adornos en despropósito; las rinconeras sirven, a la vez que de alacena, de asiento a los quinqués; la cántara de agua fresca está junto a las copas y vasos del "seibó"; y las codiciadas golosinas se ven al través de la tela metálica del guardacomidas ...

III

... Siempre hay tiempo para los comentarios de sobremesa; y Matojo, que es más curioso que conversador, se las pasa inquiriendo sobre los sucesos que le son interesantes ...

... y le pide al abuelo que le cuente sobre la explosión de la vieja cisterna; pero el papabuelo se excusa porque tiene que ir a dar encomiendas al mayordomo ...

... El rosáceo resplandor de los ladrillos de la nueva cisterna y del patio de la tinaja, deja al muchacho en afán de averiguar ...

XVIII

L A S C I S T E R N A S

I

ESTÁ en la cocina preguntando a Agapita sobre la explosión de la vieja cisterna ...

... y ella, en pringue de tiznes y enrojecidos sus grandes ojos por los humos, cuenta: —¡Muchacho, aquello fue el acabóse: un gran reventón que nos llenó de espanto; una inundación por toda la casa que arrastró camas y muebles y que ahogó a la perrita Jazmín de Kate, tu mamá!

... —¿Y cuánto empezaron a construir la nueva cisterna?

... —Al día siguiente de la explosión.

II

... La nueva cisterna y el patio del tinajero lucen los encantos de los ladrillos; son hechuras que recuerdan y perpetúan el ahínco boricua del abuelo ...

... Matojo es decididamente un romántico en ciernes que abre su imaginación ante la simetría de los ladrillos: ladrillos que venden sus rojos y que hacen olvidar las cales de sus juntas; de las uniones blancas que fijan el todo de la composición geométrica de toda albañilería ladrillosa ...

III

... El muchacho siente admiración por los albañiles; por esos diestros del palustrín, de manos resecaas por masillas y argamasas ...

... y tiene el recuerdo de las alargadas manos negras de Guilfucci, el hábil forjador de las balaustradas, capiteles y cornisas de la casa paterna del pueblo; de ese artífice que a golpe de palustre daba forma y hacía campanear a los ladrillos ...

... ¡Qué eternos los ladrillos! ¡Y qué olvidados están los maestros, de manos negras o blancas, que hicieron de ellos masa de belleza!

... ¡Gloria a los forjadores de ese mundo de formas, en rojo y blanco!

XIX

EL TINAJERO

I

MATOJO, buscando las alturas de los ladrillos, sube a la cisterna y, poseído de las emociones de un conquistador de cimas, contempla el techo tejoso de la casa y el patio rojo ...

... Y la tinaja está enclaustrada en el tinajero; dentro de los grises de una maderosa trabazón de rejillas que se eleva en pirámide cuadrangular: forma piramidal truncada al tope por la poza de una piedra filtradora de fina arenilla; de húmedas arenillas que propician la frescura de los musgos que se agarran. Es una visión poética de puro contenido puertorriqueño ...

II

... Ladrillos... Tinaja... ¡Cuán bello y civilizado el primitivismo de la alfarería; de un arte que nació del amasar del hombre en el barro; un afán de amasijos que, buscando primero abrigo y vasijas, dio además a la humanidad un medio de expresar arte! ...

... el tinajero está siempre presente en la vida íntima de la Casona: de día, ofreciendo agua fresca; y en el silencio ominoso de la noche, jugando a los goteros que tanto desvelan a Matojo ...

XIX

EL TINAJERO



XX

LA DESPENSA

I

MATOJO se despide de la tinaja bebiendo de sus aguas; y en un mar a trancos toma el corredor para detenerse repentinamente a observar la despensa. Bien podría pensarse que ha pasado de lo expresivo a lo inexpressivo, o lo poético a lo prosaico ...

... porque la verdad no puede hallarse belleza en un almacén de granos y frutos; de pequeñas barricas de madera, apiñadas de carnes saladas, rezumando salmueras; ni haber deleites en los olores a sacos de pita y a salitre; o a tampoco verse agradable función en la herrumbré denterosa de las aldabas y bisagras ...

II

... Pero el muchacho, siendo como es un porfiado buscador de idealismos, ve en todo aquello la representación de un esfuerzo: al abuelo abnegado y previsor que planifica las siembras: sembradíos de arroces, habichuelas y maíces; a su paciencia de criar cerdos, chivos y terneras ...

III

... Ya no siente los olores a sacos de pita y no llegan las emanaciones nauseosas de las barricas ...

... Los granos de los sacos siguen siendo belleza de vainas y espigas apetecibles en las talas; y la animalería en carnes saladas, sigue teniendo la vida alegre de los berridos y gruñidos ...

XXI

FOGÓN DE ABUNDANCIA

I

MOTIVADO por los estallidos de la leña verde que se quema, Matojo llega al fogón de las parvas ...

... En largas láminas de hierro, tendidas sobre un fogón de piedra, se asan las arepas: alargadas tortas planas de maíz, envueltas en hojas de guineo y rellenas de queso blanco ...

... Los humos del fogón abren los apetitos de los peones que esperan: un ansioso esperar a Nito, el parvero de las diez ...

... Los jornaleros mojan las areposas harinas tostadas en el café con leche; sus bocas llenas se quedan sin habla, y solamente se oye un sonar de lenguas y muelas en regustos glotones ...

II

... La parva es una típica merienda mañanera; un receso para descansar y comer; y luego, recobradas las fuerzas, seguir la brega en las talas ...

... seguir bregando en la tierra que les ha dado el placer de las parvas: hojas de guineo, maíz, queso blanco, leche y café ...

... Así lo quiere el abuelo: que sus tierras produzcan lo que el trópico les permita dar ...

... En la merienda de La Candelaria solamente hay dos extraños: los fósforos y la sal ...

XXII

EL HORNITO

I

Y vuelven a aparecer los ladrillos; ahora, puestos de canto, para formar la abovedada estructura de un hornito que descansa en el elevado macizo de una cuadrada plataforma de ladrillo; es una pequeña hechura que tiene los agrados de la proporción ...

Está detrás de la casa de Canda, la tía consultora de la familia. A él acude Matojo a jugar a los panaderos; para imaginarse a sí mismo que es Agustín, el notorio maestro de pala del pueblo ...

II

... El hornito es una miniatura que hace las veces de un horno grande: para asados de puerco, chivo o ternera; y en días de celebraciones especiales, cuece panes dulces y bizcochos ...

III

... ¡Cuántas añoranzas despiertan los hornos! ¡Qué de fuegos y cenizas incitantes en sus bóvedas de humos! ¡Qué tan de La Candelaria es el hornito! ...

... Pero siempre aparece la nota exótica: su pequeña puerta es de hierro forjado, de graciosos relieves; y en su centro se lee: "Made in Glasgow" ...

XXIII

EL TRUEQUE

I

¡CÓMO enoja la desigualdad entre los humanos! ¡Y cuánta consternación para los niños ..., que no entienden de esos altibajos sociales! ...

II

... Las vacaciones son para Matojo un constante corretear sin tregua, como en este día que ha sacado su ruidosa escopetita de resorte para tirotear a los lagartijos ...

... pero para Migue, su amigo, no hay juegos en las vacaciones; para él lo primero son los quehaceres domésticos y la ayuda de cuartero que le da a su padre en las faenas del arar ...

III

... Migue pica los bueyes con su brillante garrochita de relucientes aros de bronce en la punta ...

... A Matojo le entran deseos de ser cuartero; más bien de poseer el juguete que hay en la garrochita ...

... y en el receso del mediodía logra convencer a Migue para que se la dé a cambio de su escopetita ...

IV

... Matojo ensaya juegos de picador con su nuevo juguete; mientras Migue, en saltos de incontenible alborozo, empieza un loco tiroteo que espanta a los bueyes ...

... acude el padre, y el niño queda paralizado por la reprimenda de una voz que ordena: "Devuelve esa porquería" ...

... Y se deshace el compromiso entre dos muchachos: uno, que devuelve un juguete de ilusión pasajera; y otro, casi llorando, que pierde la posesión fugaz de un anhelo ...

XXIV

TIERRAS PRÓDIGAS

I

LAS siembras se hacen redrojos en las tierras altas de la finca y solamente pelechan plenas de vida en sus suelos bajos ...

... Las Tabletas son predios llanos de fértiles prestigios. De ellas se oye decir que son el granero de La Candelaria; en sus terrenos encuentran un medrar de frescura los berros, bledos y lechugas, la caña de azúcar, las habichuelas, los maíces y arroces ...

II

... ¡Cuánta promisión de abundancia y belleza la del espigar en estas tierras!: espigas en cuajar de granos que bailan, ondulantes, la danza de los vientos; danzar de maizales en atuendo de penachos y espigones; ritmo espiguero de blanda cadencia rumorosa en los arrozales ...

III

... Cuando azota la sequía y los soles ajustician con su fuego, Las Tabletas siguen dando la esperanza de los verdes ...

... siguen las cosechas para los desgranados y aporreos; y se oye el "ju", "ju", "ju" de peones que pilan el arroz ...

... Luego, los piladores dejan caer los granos en cascadas para aventar las pajas, entonando una súplica cantada:

San Loreeenzo, San Loreenzo,
amarra los peerros
y suelta el vientooo ...



XXV

RATEROS EN LAS TALAS

I

¡CUÁN incierta es la espera del agricultor! ¡Y qué heroico su amor a la tierra!

... En ocasiones viene el ansioso esperar a que pasen los estragos de la sequía o a que cesen las largas lluvias que pudren las raíces y embachan los caminos ...

... Es un bregar con la naturaleza misma: una lucha con los gusanos y pulgones que merman las cosechas; y un buscar de remedios para la enfermedad en las crianzas ...

II

... Al fin llegan los granos a las espigas y renace la esperanza ...

... pero la adversidad renace con los rateros de las talas; con esos pillos alados que se roban los granos ...

III

... Una explosión atruena el ámbito de La Candelaria. Vuelan despavoridos, en graznidos, los mozambiques; bandadas negras de los rateros de las talas que huyen al estallido de la escopeta de dos cañones de don José ...

XXVI

BARTA

I

YA se sabe que Barta es una palurda vieja mandadera del vecindario, de voz grave y rota ...

... y que ahora viene rezongando por lo del escopetazo; luciendo como siempre: flaca, descalza, con un desteñido camisero de lienzo que le va hasta la mitad de las canillas, casi oculta su cara tostada bajo un amplio sombrero de palmiche, y ayudada por un rústico bastón ...

II

... Barta pertenece al tipo campesino de curtido gznate en tabaco y ron; que suelta palabrotas después de los tragos, cuando la embroman; siendo Matojo

uno de esos que le tiran pullas bromosas para luego reír de sus rabiosas destemplanzas ...

III

... Su único trabajo es andar; caminar mirando al suelo, como si quisiese no medir las distancias ...

... Sus pies son duros, desollados en la punta de los dedos; una lastimosa deformación callosa festoneada de terrosas grietas ...

IV

... Ya en el pueblo la conocen, y la esperan en un festín de chanzas; para oírla hablar en su típico lenguaje ...

... En El Correo se le oye decir: "A ejta calta de coloj rrosa, le ponej un seyu de apurao". Y en las mercerías suele pedir: "Dajme un cajtón de jembras y machos" (por decir broches de presión) ...

... Barta es un hazmerreír que alegra la vida. ¡Quién sabe si ella, al hacer reír, se está riendo de los que ríen! ...

XXVII

NOCHE CANDELARIANA

I

LA brisa del anochecer se ha refrescado con la lluvia que cayera en la tarde; y hay sonata de coquíes; y del follaje, que ha soltado sus aguas en gotas, vienen los aromas ...

... Es una belleza empañada por las sombras ...

II

... Un resplandor que sube por detrás de los cerros de Las Cuchillas, va disipando la oscuridad ...

... es la avanzada de una luna llena que trepa por el cerrerío; de un plenilunio esplendoroso que va tiñendo de fulgores blancos las nubes escurridas; de nubes que se deshilachan en un cielo de azul metálico ...

III

... ¡Cuánta hermosura bajo la luna plena! Para Matujo la luna del campo es diferente a la del pueblo, porque no tiene el estorbo de los mortecinos faroles que apagan su esplendor; la del campo es una luna que se adueña de la nocturna belleza panorámica, que no tiene más rival que la fosforescencia de las luciérnagas ...

... Todo es una orquestación maestra que hace de la luz, la brisa y los aromas, una armonía. La música y la poesía han estado cerca de tener pureza plena; y Matujo siente, alma adentro, lo sublime de esta noche candelariana ...

XXVIII

CAVILACIÓN LUNAR

I

SIGUE el esplendor de la luna; y Matojo, desde el balcón de la Casona, ve una intermitente lucecita roja junto al quenepo de la Casita del Limón ...

... es la lumbre del tabaco del abuelo que se anima con las chupadas; el papabuelo que fuma tendido en el comodín de lona, mirando la luna en arrobos y pensando en los muchos días que faltan para el cuarto menguante ...

II

... porque los surcos siempre están en espera de las fases de la luna; son ellas las que señalan los días para sembrar y segar; las que también rigen los cortes ma-

dereros y las castraciones... Él usa el almanaque Bristol como su consultor que lo informa de los movimientos lunares ...

III

... El abuelo vive apegado a lo empírico, a la experiencia; porque del empirismo han surgido los métodos usados, hasta el entonces, para las siembras y las curaciones; y así conoce que las semillas germinan mejor en cuarto menguante; y que las maderas tienen más vida si son cortadas en esta fase. Así también sabe de las propiedades curativas de las hojas de zorra y de los hongos que crecen en las piedras de las quebradas ...

... Cuando su mirada está en el cielo escrutando las nubes y la luna, su pensamiento está en los surcos, en la naturaleza... trabajando ...

XXIX

JUAN VÉLEZ

I

Es estampa diaria ver por los caminos y senderos de La Candelaria la figura larguirucha de un personaje que lleva el calzón embutido en unas viejas polainas y ostentando como símbolo de autoridad un largo y filoso perrillo; es un jíbaro de ninguna letra que hace apuntes de palotes en una mugrienta libreta para anotar, a su manera, las cotidianas labores de la jornería ...

... Es Juan Vélez, el mayordomo de gago hablar; el que a veces se pierde en el follaje, diz que para sorprender a los peones de brazos caídos ...

... De él dice Barta que es pájaro flojo y tragón; y las lenguas sueltas añaden que es un despabilado de trastiendas, un "aprovechao" que hace amores de matorrales con algunas de las desgranadoras y recogedoras de café ...

... Pero para Matojo, que no conoce de malicias, Juan Vélez es un pintoresco y fuerte mayordomo que blande su perrillo cuando da órdenes en su habla de borbollones ...

II

... Matojo quiere ser también la autoridad y se las pasa detrás de Juan, raspando un mocho viejo en las piedras; y le dice al abuelo que ahora la peonada trabaja mejor ...

... El papabuelo, riendo, le promete que en el mañana será otro Juan Vélez; pero eso sí: ni gago, ni mujeriego ...

XXX

LLEGAN LOS GRANOS

I

HAN pasado las semanas y Matojo está tostado de puro sol; el cabo del mocho viejo ha dejado callos en sus manos blandas; y su alma es flor de frondas y quebradas ...

II

... ¡Qué bella esperanza es el cafetal en agosto! De la pasada exuberancia del follaje florecido, han llegado los granos rojos; han parido los cafetos una cosecha grande ...

... las hojas del cafetal se han tornado mustias de puro soltar los jugos para dar riqueza al varillaje cundido de rubíes carnosos ...

III

... Hay trajín de engrase y de reparaciones en la despulpadora; se ha barrido la rampa del secado; y los almudes y canastos ya están en manos de las recogedoras ...

... El cafetal se ha llenado de voces femeninas, que cuentan y chismean; y por entre el follaje, los ojos avispados de un hombre que mira: Juan Vélez ...

IV

... Las mujeres perciben las malicias de la mirada y comentan: "Ya está ese demonio por ahí" ...

... Entre ellas hay algunas que han sido cortejadas por Juan, y empiezan los recelos ...

... Matojo, diablillo de intrigantes chanzas, logra entretejer una rencilla amorosa entre las que andan en flirteos con el donjuanesco mayordomo ...

V

... Se oye un griterío de palabrotas en el cafetal; y las recogedoras, en plena furia, se baten a canastazos ...

XXXI

MUERE EL HÉROE

I

LA placidez de la mañana se rompe por un acontecimiento que corre de boca a boca; que llega como noticia de primera clase a todos los puntos de La Candelaria ...

... ¡Cómo florece el Amor compasivo de Matojo ante la muerte de Pañuelo!; ante el morir del héroe de los atolladeros, que tantas veces diera al muchacho el placer de los paseos en carreta junto a Cando ...

II

... Callado..., guardando formalismos fúnebres, Matojo llega al pesebre de El Chiquero para estar en el entierro del noble buey; y lo lastima la postura grotesca de Pañuelo en la muerte ...

... lo que antes fuera una fornida y bella estampa de un miura, es ahora hediondo guiñapo de carroña; toda aquella fortaleza rendida, es tan solo recuerdo ...

III

... Dos peones han terminado de cavar el hoyo funerario; arrastrado por las patas tiesas, el cuerpo fétido de Pañuelo cae con ruido sordo ...

... Y Matojo, recordando su enojo de aquella tarde en que se hirió en la hocilla del pesebre, siente remordimiento; y en descargo de su pesar, hinca una rústica cruz en el montículo de la tumba ...

XXXII

LA HERRERÍA

I

TALLER de hechuras y reparaciones es la herrería; y es mayor su ajetreo cuando hay abundancia en las cosechas ...

... de ella salen las carretas y los yugos, los bujes, manivelas y portones, las rejas y cuchillas de los arados ...

II

... Mente de entendederas y fornidos brazos tiene Alfredo Flores, el herrero; para Matojo, él es un Hércules que doblega el hierro, al rojo vivo, en chisporroteos, a fuerza de tenaza y martillo ...

III

... En el recuadro de arena aplanada está Alfredo en la brega de hacer una rueda de carreta en labrados de ausubos y tachuelos; es de ingenioso gusto la disposición simétrica de los rayos que irradian del cubo; como logro también lo es la composición de perfecto círculo de los camones que esperan por la apretadura de la llanta de rodaje ...

... Matojo ya tiene casi olvidada la muerte de Pañuelo; en la herrería está entretenido dándole vueltas a la manivela del fuelle que ulula; y el ulular se convierte en fragor de aire que atiza los carbones de la fragua ...

XXXIII

ADIÓS

I

Es la tarde de un viernes de agosto, y Barta ha traído una noticia del pueblo: "Que si bayi Matujitu polque laj ejcuelaj impiesan ej lunej y tieni qui pripararsi" ...

II

... La peonada está reunida en el batey de la Casita del Limón en espera de la paga; algunos hablan de los hierros blandos de las azadas y machetes, que se

mellan en los tosqueros; pero todos hacen alabanzas de los tajantes aceros de la marca Collins; mas otros hablan en reservas, por lo bajo, del gallego Santiago Iglesias y de su naciente Partido Socialista ...

III

... Matojo está alicaído, anticipando las nostalgias de una ausencia; pensando en su mundo de libertad andariega que se queda; en ese ámbito donde ha conocido al jíbaro en su sencilla expresión civilizada y sentido en las honduras de su alma la perpetua dación infinita de la Naturaleza ...

... Hay dos fuerzas opuestas que tiran del muchacho: de un lado, el campo y sus bellezas; las vivencias maravillosas al calor de la Casona, amorosa y comprensiva; y del otro extremo, el pueblo de sus amores, la casa paterna de querencias, las calles y rincones que han sentido el rigor de sus travesuras; pero es el mismo pueblo de disciplinas que no conoce de caminos y veredas de verdes perspectivas ...

IV

... Después de la temprana cena, el abuelo viste los atuendos de sus visitas: traje blanco con chaleco, corbata negra, sombrero panameño y negros botines de cruzideras ...

V

... Las bridas azotan las ancas del caballo blanco y el coche empieza a rodar por el áspero camino de Palmarejo; Matojo se vuelve para agitar su mano en tristeza de adioses ...

... Detrás van quedando los inolvidables encantos poéticos de La Candelaria ...

XXXIV

AGOBIOS

I

ESTÁ oscureciendo y el coche entra al pueblo por Calle Abajo. Hay poca gente en la calle; ya han encendido los faroles, y el cementerio le hace miedos a Matojo ...

II

... Después de los besos de la llegada, se torna taciturno; le molestan las preguntas, quiere estar solo; y busca la soledad del balcón para estar en quietud con sus emociones ...

III

... Para el que hace recuento de recuerdos felices, la hora del anochecer es pura melancolía; el instante de este regreso es rudeza para su alma; para una voluntad que habita todavía en el corazón mismo de las agrestes soledades ...

IV

... Una luna en menguante, sin estorbo de nubes, hace trazos de sombras geométricas de las casas que se proyectan en las calles; los humosos faroles, en espigas de pichipén, se sienten abochornados de sus luces insertibles ...

... y quiere que La Candelaria sepa de sus congojas, y con la luna le envía un mensaje de gratitud a sus parajes ...

III

XXXV

FLOR DE RURALÍA

I

EL sol de la mañana ha querido poner rojos vivos en los rizos de las cayenas que crecen junto a la escalera; pero las flores pueblerinas no logran la misma pureza de sus hermanas campesinas; porque éstas viven en recíproca comunidad de colores, sin los hurgonazos de manos intrusas ...

II

... Matojo se va a la calle; lleva un mensaje de ruralías a sus amigos en su rostro tostado de sol; con

orgullo de hombría enseña los callos de sus manos; y les cuenta de su corretear por cerros y piñales, de su vivir entre campesinos buenos ...

III

... Los muchachos hablan de cómo y dónde pasaron las vacaciones; de sus paseos a pueblos lejanos y de sus aventurillas de guiñadas y requiebros ...

... pero surge una conversación que causa pesar, desilusión; un tema que rompe el castillo de azúcar de las vacaciones: el curso escolar que comienza el lunes ...

XXXVI

VIDA PROVINCIANA

I

TRASPASADAS de hastío, agobiadas por el sol de agosto, las gentes del pueblo se las pasa guarecidas a la sombra de las salas, aleros y balcones; hilvanando pensamientos en desgano de molicie tropical ...

... En las calles polvorosas hay puertas abiertas de tiendas y cafetines en espera de parroquianos que no llegan ...

... Se viven los efectos de una apretada economía de invernazo en que los vellones se llevan, contados y seguros, en las austeras relojas ...

II

... Chaguito vocea los raspados de sus piraguas: los finos hielos apretados en conos, teñidos de fram-buesa y tamarindo. Y los vecinos, más muchachos que mayores, se van detrás de las piraguas para refrescar sus gaznates secos ...

III

... Es un vivir de puro corte provinciano, de ape-go a las tradiciones; un existir de rezos y campanas, de compadrazgos y visitas; de una muchachería forjada por el rigor represivo de las penitencias y correazos ...

... pero los muchachos, olvidando correas y cotas de penitentes, montan el escándalo de sus juegos para romper esa monotonía pueblerina de remilgos ...

XXXVII

CON LOS ZAPATEROS

I

LA gloria de las vacaciones va teniendo remate en esta tarde de sábado; ya se van viendo las caras extrañas de los nuevos maestros para las clases especiales; de profesores estirados que van fingiendo severidades ante las miradas curiosas de los estudiantes ...

II

... El muchacho quiere agotar las últimas horas de su libertad en antojillos de correteos por las calles y rincones, visitando ...

... algunos vecinos le guardan ojeriza por su fama de travieso incorregible; aunque otros dicen que él es afable, que sus travesuras son medios inventados para escandalizar y hacer reír ...

III

... Se le ve en la zapatería de don Pedro Cintrón. Ha ido a leer los diarios y revistas, pasados de fecha, a los zapateros; una lectura en tranque de silabeos que élazona con una peculiar entonación de letanía sacristana ...

... Cuando la lectura va cayendo en tediosas lagunas, Matojo se las ingenia para intercalar inventados noticiosos o de motines y tiroteos; y llegado este momento los zapateros suspenden el martillar en las bigornias, diciendo: —“Ya empieza éste con sus cosas” ...

XXXVIII

EL SASTRE

I

POR ser un tanto petimetre de ocasiones, le gusta lucir sus "Palm Beach" domingueros como para que se diga que también está en la moda; y así, de vez en cuando, lo vemos en la sastrería hojeando los figurines en busca de los últimos cortes y estilos del buen vestir masculino ...

II

... con unas joviales "buenas tardes" entra en la sastrería, sin más propósito que el de hablar con el viejo y moreno sastre-filósofo de alargada figura qui-jotesca: don Sixto Renucci ...



... don Sixto, un tanto extrañado, contesta con otras "buenas tardes" que salen en quejumbres de su garganta tabacosa; y Matojo recibe una nubosa mirada de extrañezas que se aúpa por encima de los espejuelos ...

III

... El viejo sastre luce pulcritudes, es culto; hombre de refinados y pausados ademanes, que lleva chaleco y leontina en su quehacer ...

... Pasados los hielos de la llegada, el anciano y el muchacho montan una amigable charla que llega hasta la época del infame flagelo del Compite en la carne puertorriqueña ...

... siguen embelesando a Matojo los relatos que hace de los grandes personajes de la historia; y del recalcado colorido que da el viejo a ciertos pasajes heroicos, el muchacho entresaca que el sastre es su ancianizado hermano de muchacheras aficiones rebeldes: es decir, un viejo-niño que esconde las rebeldías en la fatiga de los años ...

IV

... Una pausa deja que aquellos diestros dedos finos den precisos cortes finales de tijera; y entretiene ver su uña grande, ennegrecida de tabaco, haciendo alisos en

las puntadas; como motivo de deleites es la antigua plancha de vientre carbonero, en forma de pato, asentando las solapas y aplanando los borujos de las hombreras ...

V

... Vuelve el conversar y don Sixto dice: "Te voy a regalar unos libros que bien te habrán de servir. Léelos con la misma devoción y fervor con que yo los leñera; pero empieza por esta geografía para que así sepas primero del suelo que ha venido pisando el hombre a través de los tiempos" ...

... Y Matojo, cargado de libros, con la obligación de una promesa, abandona la sastrería oliendo humos de trapo quemado ...

XXXIX

EL FAROLERO

I

¡CUÁN connatural es en Matojo el sentido de buscar la poesía pintoresca en lo humano, en las cosas! Hacerse sensitivo ante la contemplación de los rincones amables, gratos a su recuerdo; y encontrar las miserias escondidas que llevan esos tragicómicos personajes callejeros que dan colorido al ocurrir pueblerino ...

II

... Muy en la tarde ha tenido una de esas visiones poéticas: en grandeza de prototipo va calle abajo Ra-

món, el farolero; luciendo, como menester del oficio, un trapo en negro de tiznes colgado de las pretinas; lastimadas sus fuerzas maduras por la carga de una escalera y un latón de quergseno; y balanceando su larguirucha figura en la blandura de sus alpargatas de lona y cáñamo ...

III

... Ramón es un conversador que hace chistes con su vozarrón atosigado de toses y risas asmáticas; a veces juega malas pasadas cuando, apretando el puño, suelta con fuerza sus uñosos dedos secos sobre la cabeza de los muchachos ...

IV

... Han quedado encendidos los quinqués; y lucen mortecinas sus llamitas rojas en encierro de cristales mugrientos ...

... pero es más perdurable para Matojo la estampa del conjunto pintoresco de esos faroles, que sus débiles destellos en engaño de claridades ...

... Y en la madrugada volverá Ramón a apagar, soplando, las crudas flamitas mecheras ...

XL

INCERTIDUMBRE

I

TOMADO por lo romántico, Matojo deja que sus confusos sentimientos sigan vagando a la deriva en la quietud de este atardecer; no sabe de dónde ni hacia dónde va esta conturbación tan vagarosa ...

II

... tal vez sea el efecto de dos alegorías que se rechazan: los clásicos faroles encendidos que simbolizan el empecinado clasismo del señorío pueblerino; y el perfil

que denota cruda ruralía, visto en los campesinos que van llegando al pueblo en esta tarde de sábado ...

... Algunos figurines y figurones del categorismo urbano, de gabán y corbata, hacen desdenes al jibarismo de esta callada y buena gente de campo; y ríen de su caminar cuestero de muelleos; de ese andar presuroso que pone sudores en los almidones de sus camisas saba-tinas, olientes a jabón de pino ...

... y los apocados jíbaros bajan la cabeza para ocultar sus resentimientos; y cuando hablan usan el ambiguo “unjú” como mágica palabra para aceptar o rechazar ...

III

... Ya anochecido, Matojo sigue callejeando con sus amigos; y para evitar las burlonas chanzas de sus compañeros, saluda con frialdad cobarde a Migue, su amigo campesino; el mismo Migue de la garrochita cuartera, que ha venido a saludarlo ...

... la persistencia de un remordimiento se queda en Matojo, mortificándolo; y la tristeza de una desilusión se la lleva Migue al campo ...

IV

... Vuelve a su callejear sin sentido. Atraído por el olor de los fumigadores, llega a la puerta de una barbería. Reclinado en un sillón barbero, como un peni-

tente, está Cando sometido a la tortura de una navaja mellada; su cara enrojecida, casi desollada, es una lástima ...

... Matojo sonrío cuando Cando bufa al recibir el rocío de los alcoholes; y ahoga el estallido de una carcajada porque no quiere seguir haciendo traiciones a su gente de La Candelaria ...

LOCUTURAS

... una vez más tan sensible, por qué no haber
... Matojo Afatojo de los troves? Tener un día
... el hecho mismo de su alma viajando, como que
... el hecho mismo del progreso que se han hecho
... de pueblo para darle del viaje. Trajeron y
... los caracteres, la colección de las cosas ...

... Yo Matojo los tiene en el punto, yo, pero
... una misma, inseparable fuerza, viene de casa
... distancia en la distancia, como profeta, como
... regiones que se abren, como abren, como
...

XLI

LOS TRENES

I

AHORA que está tan sensitivo, ¿por qué no habrá hablado Matojo de los trenes? ¡Tener tan olvidado el mejor sostén de su alma viajera!; ellos que son el asomo ingenioso del progreso; que se han unido a la vida del pueblo para darle del viajar, los deleites; y de sus itinerarios, la tradición de las horas ...

... Ya Matojo los tiene en su diario vivir; para él son ruidoso ingenio de fuerza, vistos de cerca; y a la distancia se le dibujan como poéticos mensajeros de ilusiones que se alejan campaneando entre humos y jadeos ...

II

... El tren de las cinco es el nuncio del amanecer que despierta a los madrugadores; que hace revolverse a los que duermen para hacerles escuchar, entre sueños, el bufar de sus vapores en pitidos de llegada ...

... A las nueve sube el de la mañana camino del norte, cargado de fardos y valijas; llevando en regocijos a la gente que viaja por deleite, o en pesares a los que van en busca de nuevos horizontes; es el tren de la media mañana que promedia los quehaceres mañaneros, o apura el atizar en los fogones para el almuerzo ...

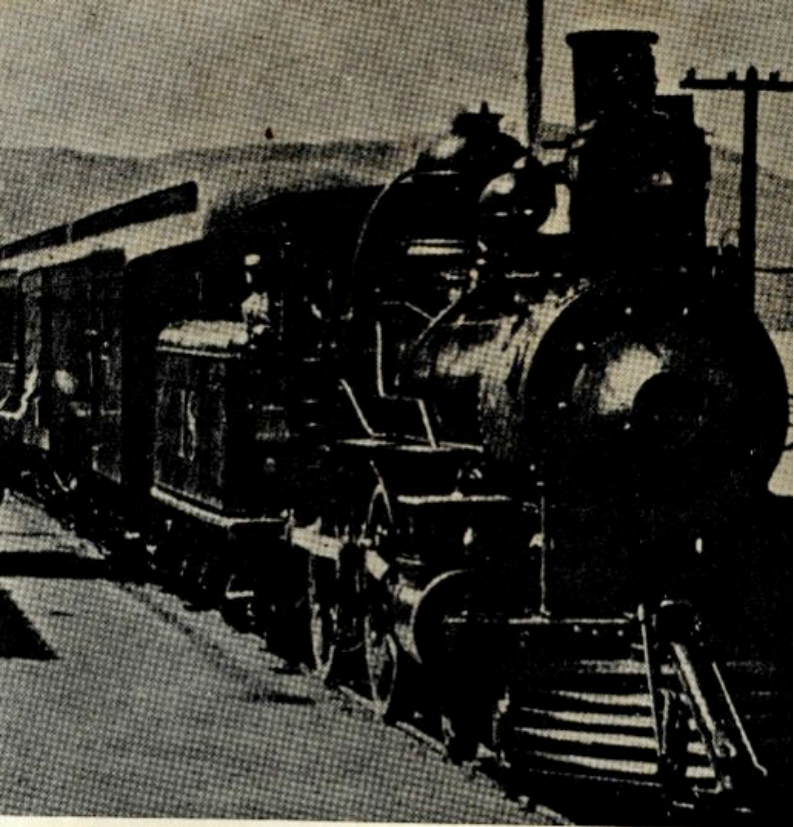
... En la tarde baja el de las tres con valijas llenas de cartas y periódicos; el de las cargas pesadas que también trae, entre días, la sorpresa de los que del extranjero regresan al pueblo ...

... En la noche se oye el fragoroso repechar del tren de las once que sube la pendiente de Pueblo Nuevo; un fragor de fognazos sobre ruedas que patinan; violento agarre de ruedas matrices que hace trepidar las puertas y ventanas ...

... Después... vecinos que duermen en la placidez de una noche pueblerina ...

III

... Cuatro signos amables del progreso que han pasado como regidores de las horas del vivir provinciano: trenes pintorescos que traen la alegría de las llegadas, y que dejan congojas en las partidas ...



XLII

HORAS DE DOMINGO

I

ILUMINADA y tranquila es esta mañana de domingo. ¡Quién sabe si hasta las horas han perdido el sentido del tiempo en la gente remolona que estira el descanso dominguero! ...

... Solo la cristiandad de las campanas logra romper la dejadez mañanera; campanear de alegres repiqueteos que llega a los confines comarcanos ...

... De los campos bajan enracimadas las mujeres detrás de sus maridos, apretando los misales, emperifolladas, en sudores que hacen caminitos en sus caras entizadas con polvos de arroz ...

II

... La primera misa ha pasado; y las muchachas casaderas esquivan los humos negros de carbones que ha dejado el tren de las nueve ...

... Los petimetres de postín se hacen limpiar los zapatos bajo las acacias del atrio; ensayan poses señoriles ... mientras los limpiabotas hacen sonar sus paños en cadencia de chillidos ...

... Están en espera del pasar de las damitas para soltarles piropos y requiebros; osados galanteos donjuanescos que pincelan de rubores los rostros envelados de las jovencitas; y se oyen risitas a escondidas de las castidades; un candoroso sonreír de asentimiento a las pretensiones amorosas ...

... y los limpiabotas, con un malicioso golpear de sus cepillos en los cajones, hacen estragos en la idílica estampa a la sombra de las acacias ...

III

... Pasado el almuerzo, llega la modorra del mediodía dominguero; horas letargosas de siesta que llenan de fastidio a Matojo ...

... Pero la adormilada tarde del no hacer va quedando despabilada por el lejano pitar del tren de las tres; férreo acontecer de traqueteos, en chillidos de ruedas, que se acerca bufando calores; y a su pasar deja un pin-

toresco personaje vestido de blanco, con clavel rojo en la solapa, que llega todos los domingos a pasar una tarde de juerga en el pueblo ...

IV

... La llegada de Fillo se toma como un espectáculo que se espera; y entra en escena el comediante callejero, echándose un trago largo en el cafetín de la esquina; y arrojando el sombrero al aire grita: "¡Aquí está Fillo, y que viva la policía!".

... Lo demás son payasadas de un borracho de paso desgonzado que hacen reír ...

V

... Fillo, remedando a un torero, está en medio de la calle capoteando con su gabán a los muchachos del campo que han llegado al pueblo a correr en bicicletas alquiladas; y uno de ellos, perdido el equilibrio, embiste al borracho ...

... Y ocurre un trabado revolcón de una sola pieza: polvo, borracho, muchacho desollado y una bicicleta descamonada ...

VI

... Ha pasado la función de la tarde; llega la noche; y con la noche, el tren de las once que se lleva a Fillo: deshecha su ropa blanca, su alma perdida en las sombras de una borrachera ...

XLIII

¡ CU Á N T A M U D A N Z A !

I

SUENA en vibrantes agudos, como si quisiera romper la ansiedad de una espera, la campana escolar en esta mañana de lunes ...

... Atrás se quedan las vacaciones en grato capítulo de recuerdos. Cabizcaído va Matojo, casi adormilado por la temprana hora, camino de las disciplinas escolares ...

... Lleva con ingenuo alarde la geografía que le regalara don Sixto Renucci; quiere mostrarla como un mundo casi misterioso grabado en sugestivas páginas; amenidades de páginas incitantes que han llevado sus

fantasías viajeras a tierras de otras latitudes; por confines que guardan analogía con la miniatura geográfica de su hábitat puertorriqueño ...

II

... Ha pasado la primera ansiedad bulliciosa de la muchachería; y el nostálgico muchacho se sienta pesadamente, cargado de libros, en el último pupitre de la primera fila; tal parece que quiere estar lejos de las miradas requerientes del maestro ...

... Todos curiosean en los libros, y el pasar ansioso de las páginas llena el recinto de un sordo rumor; hay un dejo de fría desconfianza ante la incógnita de los nuevos textos..., que se hace apagado murmullo de comentarios ...

... pero la mente de Matojo vuelve a la geografía; y en fuga de embelesos se le va la imaginación para recrearse con el fantasear deshilvanado de semejanzas geográficas ...

III

... Dispersión de analogías que él encampana en su mente de ficciones:

... Y vagando por el Valle de Lajas siente ver placidez asiática, como si fuese un romántico lago, en las aguas cenagosas de la Laguna de Cartagena; aguas de

patos y gallaretas que reflejan en aberraciones la pretensión himaláyica del Monte Orégano ...

... y es el Orégano, llevado a la ambición de lo ingente, el cónico relicario de una alargada sarta de montes (alcores, como los llama el poeta amigo Mario Pagán) que corre hacia el este; pero que son mismísimas bellas colinas de tostado pelaje, ayuntadas por collados de suaves bajadas; un lomerío obstinado que cierra el paso al deseo del Valle de llegar al mar ...

IV

... Se suceden las mudanzas de remedos emotivos ...

... La llanura del Valle se hace pura pampa; y las despejadas lejanías reverberan en imágenes que quieren hacerse horizonte; sucesión de geométricas guardarrayas distantes..., salvadas por tropeles de potros briosos en arrogancia gauchesca; ágiles y bellos corceles de crines al viento, que juegan a la majestad de un desbocado galopar sabanero; y los relinchos, en mezcla de polvo y trotes, no perturban la poética estampa pastoral de unas vacas extrañas, tal vez jíbaras de nacimiento, que ruman mansamente a la sombra de los húcaraes ...

V

... Una larga sequía que va para septiembre, está poniendo tintes pajizos en los yerbazales; es la misma sequedad que hace machorras a las tierras semiáridas de otras regiones ...

... Sequía en fragua de sol, bajo un cielo azul de horras nubes blancas; sol que pone calor en los brisotes; y cielo que abre confines a la rapiña de los guaraguaos: ominosos pajarracos hediondos que divierten con sus giros ascendentes sin batir las alas, empujados por las corrientes térmicas del sur; un volar engañoso de pillaje en busca de pollos, y de la carroña de las reses muertas de hambre y sed; son semejanza de buitres morando en el ámbito antillano ...

VI

... Se van viendo en la distancia remolinos de polvo y paja que suben en espirales ...

... Ya empiezan la desesperanza y la súplica en el Valle; las huesosas vacas hacen el último prodigio de dar abundante leche gorda con tan solo olisquear y comer a medias los sucios moños de yerba seca; flacos animales que caminan temblorosos buscando agua, como si fueran reses que habitaran en las secas tierras del norte mejicano ...

... En las colinas cercanas a Guánica repechan barranco arriba, con agilidad de llamas andinas, manadas de cabras en berridos suplicantes; cabreríos de patas secas, de melindrosos hocicos finos; hociquillos que husmean yerbajos por entre los cactus y las aulagas ...

VII

... El Valle se escapa hasta la punta costera de Las Salinas; y aquí lo ardiente de la sequía toma realidades cuasi semidesérticas: tierras peladas, de misiones salitreras ...

... Por ellas discurre la lástima de peoneros pies descalzos festoneados de rajaduras negras; pies y tierra, naturalezas que se hermanan en el sufrimiento de dos carencias: una del hombre, la otra de Dios ...

VIII

... Está lloviendo con intensidad javanesa en los lejanos montes de San Germán; y acá..., la ardida llanura revive la dramática leyenda del sediento ante esas huidizas lluvias que vuelven grupas camino del norte ...

... Los vecinos buscan las sombras frescas del Paso de las Cóvanas: angosto collado de pasaje-caminero, flanqueado por barbados húcares; delicioso paraje solitario de tonos pajizos, en aromas de brisas marinas ...

IX

... Pintoresco pasadizo que se hace mirador al llegar al litoral parguereño del Caribe ...

... ¡Incomparables aguas de La Parguera que brillan en gama de verdes y azules! Mar fresco, de quietudes, moteado de bellas matas de mangle ...

... Mar de deleites, acariciable; que ofrece la placidez de los paseos, a ritmo poético de remos, por los limpios canales que corren entre las máatas ...

... Aguas de armónico conjunto; exuberante perspectiva que contrasta con la triste floresta de tierra adentro en sequía ...

X

... La Parguera no tiene la explayada belleza, en abanico de arenas y palmares, de otros litorales antillanos; es tan solo una pequeña hermosura de dije que se consustancia a la vida sedentaria de un apartado puertecito pesquero de sabor mediterráneo ...

... Su caserío de poblado ostenta, en la vertiente del cerro, ya bajando al mar, el rico señorío de exclusivas casas veraniegas; grandes residencias con amplias balconadas que sirven de cobija a los ociosos tendidos en las hamacas; y alejadas del ocio veraniego, vecinas del barro y el mangle, las casitas de los pescadores: lastimosas moradas que conocen las angustias de las malas pescas; de los botes rotos, varados ...

XI

... ¡Cuán lejos está la parguereña vida marina de la estampa del acaecer mediterráneo! y... ¡cuánta semejanza!

... Dos mares de trigueños litorales que se conocen

desde la epopeya de la conquista: dos cuerpos pugnaces que se bifurcan en la historia: uno, con blasones de conquistador; el otro, en tristeza de conquistado ...

XII

... ¡Qué inefable belleza la del mar!; pero hay que decirle adiós para seguir el juego a las analogías, tomando los reales caminos de lo agreste de tierra adentro; avivando la ilusión de buscar semejanzas patrias a las montañas, lagos y ríos, islas y continentes que se suceden en las láminas de la geografía ...

XIII

... Es la sucesión de románticas visiones que ahora ve altiplanos en los cerros achatados; y en la cima de los planos, a jíbaros mascando tabaco en faenas de sudores; jíbaras figuras de angustia jornalera que se hacen semejantes a peones bolivianos mascando hojas de coca ...

... Y en las yerbosas colinas de rápidas vertientes, unos muchachos gozosos que juegan a los deslizamientos en tigüeros; un alegre zafarse cuesta abajo que tiene el mismo arrojito del veloz bajar de los esquiadores por las heladas montañas andinas ...

XIV

... Ficciones de inaccesible selva amazónica tienen los elevados perfiles rocosos del Monte La Celestina; trabazón de espinosa maleza que propicia la lucha montañesa entre ardillas y culebras..., como si fueran jaguares y anacondas ...

... Monte de miedos que los muchachos, de lejos, acribillan con las piedras zumbonas de sus hondas ...

XV

... Y entre las frondas bajas del monte ..., remediando el comienzo del Amazonas junto a las estribaciones de los Andes, está el manantial que da caudales a la Quebrada Grande ...

... Nacer de aguas claras con frescura de heleichos que va tomando distancia de corriente rumorosa por un blando lecho de arenas..., bajo la espesura de árboles que ofrecen el dulzor pulposo de sus frutas.

... Aguas remansadas en los charcos que tienen pretensión de lagos; y en el charquerío de quietudes, muchos pececillos con rapidez de pirañas ...

... Sigue la corriente entonando su canción rumorosa por entre las piedras; y debajo de las piedras, huyendo de la codicia humana, las buruquenias: cangrejillos de escasa carne, revejidos hermanos de los crustáceos de los grandes ríos ...

... De las relamidas orillas llega un selvático murmullo animado por el croar primitivo de sapos grotescos: anfibios que encarnan el vivir en las húmedas soledades floridananas ...

XVI

... Mínima versión de grandes rápidos tiene la quebrada en el pedregoso recodo de los Méndez: pardos y lisos pedregales en empeño milenario de dar caminos a las aguas; ruidosos torrentes desperdigados en batir de espumas ...

... Poético claro de ariscas aguas rotas, en irisación de burbujas fugaces, que buscan la paz de los remansos ...

... Corriente remansada, en aumento de caudales; fuerza atraída por los cauces que cobra turbulencia para saltar a un segundo plano ...

... Aguas en crepitar de espumas que se precipitan en torrentes por los cangilones de las rocas; chasquidos de chorros gordos al romperse en la redondez brillante de las piedras; ¡remedo poético de un Tequendama que hace remolinos en el gran charco de El Chorro! ...

... Corriente que, al salir del charco, se requeda en los bancos de arena; y la imaginación se afina para ver mares, islas y continentes en esa formación caprichosa de las aguas entre los arenales ...

... Y los muchachos, en juego aniñado, dejan que sus ilusiones se vayan en tres barquitos de papel y guajana; un escorado navegar en alborozo de gritos, que revive la salida de las carabelas colombinas del puerto de Palos ...

XVII

... La quebrada es rica fuente de provisión alegre: riqueza de quietud poética; promisión de abundancia para los buscadores de agua; frescura de baños veraniegos en alegría de chapuzones y pancadas; vocerío de las lavanderas que reniegan de las aguas enturbiadas por los retozos de la muchachería ...

... Es corriente de vida que tan solo le falta caudales para ser un Magdalena navegable ...

XLIV

PERPLEJIDAD

I

MATOJO cierra la geografía. Ha cesado su imaginario viaje de remedos geográficos; pero en su mente persisten, como bellas disolvencias que se alejan, el Valle y su cadena de colinas, La Parguera y el puertecito pesquero, la quebrada, los montes, la gente ...

... ya los hábitos andariegos se han aposentado en su alma, y lo agobia el presentimiento de aburrirse preparando las tareas escolares en las tardes; largas tardes de calles vacías de muchachos ... melancólicas ...

II

... En un desganado escribir de garrapatos toma los apuntes que dicta el maestro; descuidado garrapatear de medias palabras que le permite medir los días que faltan para las vacaciones de Navidad ...

... pero todo anda bastante bien hasta que llegan las explicaciones de la aritmética; no sabe el porqué de su enojo con esta asignatura; tal vez sea la exacta rigidez de esta materia que choca con su temperamento de soñador ...

... Lo cierto es que Matojo ha andado siempre en apuros ante la incógnita de sus calificaciones escolares; es él el clásico estudiante romántico que anda en apuros cuando llegan los exámenes ...

... es el muchacho imaginativo que anda por la cuerda floja... haciendo equilibrios con dos pesos en las manos: la disciplina y la despreocupación ...

XLV

LA NOCHE DE CACHÓN

I

HAN pasado muchos días calurosos; y la quebrada está en asedio de sequía ...

... Lo que para Matojo era empuje torrencioso, es ahora débil corriente que se requeda en el espeso limo verde del charquerío de las piedras ...

... En este atardecer de septiembre la quebrada muestra su angustia plena de paisaje mustio; han callado las alegrías rumorosas de sus aguas; silenciosamente perturbados, sin cobija de frondas, están las

plataneras y los zorzales; se advierten malos presagios en el cantar temprano de los coquíes; y cambian las enraizadas sombras del cauce solitario al soplo de una brisa de aullidos ...

II

... Las lavanderas se han ido; pero Cachón se queda para dar los últimos restregones a la ropa percutida; mas... de pronto, siente extraños temores al recordar lo que cuentan las leyendas de las almas en pena de los ahogados. Se oyen golpes de chanclas en huir presuroso ...

... Cachón es una joven mujer de bien tallada hermosura que lleva con donaire andaluz su suelta cabellera negra ...

... En ocasiones pierde los encantos de sus formas cuando tiene que ladear la turgencia de sus caderas para dar acomodo a la petaca en el cuadril ...

... ¡Humillados contornos femeninos en faena de carga! ¡Lastimero motivo para un pintor en busca de escondidas trascendencias humanas! ...

III

... Todavía quedan débiles destellos rojizos en los grises del ocaso ...

... con la anohecida llegan las brisas en frescor de

lluvia; y una repentina ráfaga de gruesas lloviznas frías perfora el polvo de la calle; pasajero lloviznar que deja olor a tierra mojada ...

... ya para el nordeste se ha formado el imponente espectáculo de una enorme cadena de espesas nubes que se va apretando en ominosas negruras; y los fusilazos de los rayos tramontanos que se acercan, empiezan una función de resplandores en las crestas de las nubes ...

IV

... imponente cerrazón, iluminada por los rayos que empiezan su flagelo; fusilería en garrapatos de centellas que hace desgarrones en el cielo; nubes batidas por los truenos trepidantes que caen hechas cataratas de aguaceros prietos ...

... tormentosa anohecida de ansiedades; centellear que pone palidez de susto en las familias apretadas en los aposentos; murmullo de rezos a Santa Bárbara; vocerío de espanto en las calles ...

... saña de tempestad aterradora que tiene en zozobra a los vecinos hasta la medianoche ...

V

... Cede la furia, y Matojo se quita las manos de los oídos en señal de alivio. De los tronidos tan solo queda el lejano retumbo de azulosos relámpagos; y de la

lluvia, el crepitar de chorros, gorgoteos de torrentes en las calles ...

... De la quebrada llegan bramidos de creciente: bramar arrollador de aguas enloquecidas en tinte de chocolate ...

VI

... El sobresalto de la noche se hace pena en la mañana; porque corre la noticia que la quebrada mató por ahogos a Cachón ...

... Esta muerte se asienta en el alma de Matojo por ser esta mujer del pueblo que así muere, la personificación de las alegres lavanderas ...

VII

... En el recodo de una barranca aparece su cuerpo casi desnudo, cubierto por los guñapos de una camisa que encubre a medias sus partes pudorosas ...

... Está empotrado en el barro en heroica postura de subir. Ante su indefensa desnudez se borran las malicias ...

... La piedad de la muerte se hace poesía; y Matojo concibe a Cachón como si fuese una bella obra maestra esculpida en cera: imagen de mujer, con profundo sentido humano, que glorifica en el morir la emancipación de sus angustias ...

XLVI

OVEJITA DE FICCIÓN

I

PARA Matojo, los días escolares son tediosos caminos largos; días de tardo pasar que él va contando con ansiedad en el almanaque ...

...Ya está ahí noviembre con su tributo de recuerdos a los santos y a los muertos ...

... y, llevado por la curiosidad, hace el propósito de irse en aventurilla piadosa al cementerio en esta Noche de Muertos ...

II

... En el camposanto hay sufragio de rezos piadosos que se hacen letanía de plegaria triste a la luz parpadeante de las velas; y una brisa fría esparce un fúnebre olor a esperma: esperma que, como un lloroso reguero de recuerdos, se escapa por las grietas de las tumbas grises; y en este paraje de lo eterno, de más sombras que claridades, parece como si flotaran los miedos ancestrales ...

III

... Matojo está arrepentido de haber ido; se aprieta a las rezadoras para regresar con ellas, olvidándose de sus compañeros que hacen chanzas con las apariciones ...

... Queda horrorizado cuando del fondo del cementerio llegan los desacordes, en ensayo, de graves notas bajas de saxofón; y las nacientes notas van tomando intensidad de registro alto hasta convertirse en nueve sonoros rebuznos; y las rezadoras comentan sonreídas: "Es el burro de Cliso que se acuerda de los muertos".

... Todo este acontecer de velas, rezos, esperma, tumbas y rebuznos va hundiendo al muchacho en un antro de miedos incontenibles; y apretujado a las piadosas, el regreso se le hace un infierno de recelos ...

IV

... En su noche de temores, Matojo busca el sueño haciendo acurrucos en la cama; pero sus ojos, aunque cerrados, están en función de imágenes fantasmales ...

... Al fin le llega el letargo que precede al sueño; ya duerme, y empieza la trama de un soñar en distorsiones alegóricas:

... “transformado está él en la frágil figurilla de un niño de venitas azules en su rostro pálido; en triste criatura genial con ensueños de poeta en sus ojos verdes; confundida su mente por una vida de ansiedades ...

... “Luego la endeble imagen se va desvaneciendo en una bruma multicolor; y en el punto que se apaga comienza a nacer la mística forma de una ovejita blanca con precoz razón de niño ...

... “¡Ovejita-niño! ¡Transmutación milagrosa del sentimiento de un niño-poeta en un irracional! ...

... “Asustadiza ovejita con un balar de angustia; trágico desamparo para un animalito huérfano que busca el calor de la ubre de la madre muerta ...

... “Y en la tarde, casi cayendo el sol, baja la ovejita por el polvoriento sendero que llega al cementerio; se detiene ante una tumba, y su balar se hace llanto; siente el dolor de verse sola y con vehemencia loca intenta horadar la tumba para acunarse en la cal de los huesos de su madre ...

... “Y sus frágiles pezuñitas grises se quiebran en el intento; ¡dolor!, y sangre que rueda en el polvo como pelotitas de azogue; sangrante esperanza rota; desolación que emprende el regreso por el polvoriento sendero solitario ...

V

... “Anochecer con un trasfondo de nostálgicas campanas en rezo de Ángelus; campanear angustioso para una ovejita echada sobre las resecaas hojas del camino; criaturita maltrecha en susurro de balidos ...

... “A lo lejos la sombra borrosa de un agustino que va a rezar el rosario; y que más de una vez vuelve la mirada atraído por el rumor de un apagado gemido ...

VI

... “Manos suaves de sacerdote compasivo en caricia de lanas blancas; labios religiosos que musitan la caridad de unas palabras de amor ...

... “Y la mística de la ovejita blanca va reencarnando en el niño-poeta..., soñador...

... “Después ... dos seres con unción divina que se pierden en la oscuridad del polvoriento sendero solitario ...

XLVII

PRELUDIO DE NAVIDAD

I

MATOJO está gozoso; adondequiera que va encuentra el pleno sentido de lo que ve y siente; como cuando percibe que las primeras brisas frescas de diciembre son alegres pregoneros de las cercanas Navidades; brisas en aroma de tradición que siempre anticipan ilusiones al nostálgico muchacho ...

... Es causa de regocijo el verse de nuevo en vacaciones por las calles y caminos, lejos de los encierros escolares; presintiendo hondamente el festivo acontecer navideño ...

II

... Fiesta de rojo lucen las matas de pascua. Por doquiera hay abundancia para la tradicional mesa navideña: en los hollejosos guineales están al caer, de puro henchirse, los verdes racimos; de bellotas están cuajados los gandulares; lastima la espera de los cerdos atados a las estacas de los bateyes: cebones en gruñidos y tirones ariscosos que barruntan los asados de la Nochebuena; y en las alacenas: arroz con dulce, almojábanas, majarete, sartas de pasteles, vinos y rones ...

III

... Cunden de alborozo pueblerino los primeros villancicos a ritmo de guitarra, cuatro, güiro y tambor; entretiene la destreza de manos femeninas entrelazando los colorines de la parrandera farola de Alejo; ya Perules, el singular músico callejero, tiene un nuevo latón de metálica resonancia para hacer su música, a guisa de solista del monocordio, en las veladas navideñas ...

IV

... Se hacen los preparativos para los tradicionales bailes de asaltos trulleros; ensayos de cantares a la Natividad vienen del coro de la iglesia: voces que pondrán un fondo de festiva melodía a las misas de aguinaldo ...

... ¡Qué tradicionalmente contenta está la gente! ...

XLVIII

“LÍRICAS Y CARCAMALES”

I

Ya hurtadillas del Padre cura, Matojo juega con otros zagales a las bolitas de vidrio en el atrio de la vieja iglesia; en el fresco atrio ladrilloso, de serena placidez, a la sombra de las acacias; de las alegres acacias que, con los fríos brisotes de diciembre, remedan un bellotero maraquear navideño ...

... Fascinantes bolitas en transparencia de colores que llevan el nombre de “líricas” cuando nuevas, pero que luego el rodar y los “corotazos” las dejan en feos carcamales ...

... Todos juegan a gritos, y el vocerío se hace escándalo cuando los guapetones hacen sus rapaces tram-

poserías. En el juego hay torpes y linceos; y Matojo, que no tiene destrezas para jugar al “pepe”, se va con los chambones a tirar a los “cholines” ...

... Tiene él la costumbre de apretar el buche de su bolsillo para palpar las bolitas; y cuando nota que el buche se va llenando, mete la mano para hacer crujir sus “líricas” en un amasar de naciente avaricia ...

II

... Le gusta jugar a las bolitas con don Güin, el muchachote de redonda cara morena, de risa plena; el de los decires en sabor de gracejos; el que hace mutis cuando llegan las peleas ...

... Está jugando con él a los “corotes”, y la “lírica” saltona de Matojo entra por la portezuela de la puerta mayor de la iglesia; vacila en seguirla; pero sin pensarlo mucho, olvidando las reverencias y sin santiguarse siquiera, entra en aquella imponente nave de penumbras en frialdad de muros; y por entre los escaños corre con sigilo tras su bolita para acallar el sacrilegio de sus vidriosos saltos; saltar que se va muriendo en un trémolo de golpecitos junto a la alfombra del confesionario ...

III

... Su “lírica” se le ha tornado fría, sin brillo, en este ámbito conformado a seculares misterios; ámbito que aprieta en ecos los gritos y murmullos que entran

por las claraboyas; ecos en tétricos retumbos que hacen parpadear la llama en aceite del Sagrario; y porque el débil fulgor de aquella perenne luz añade un misterioso sentido de eternidad a las perdidas miradas de los santos, siente miedo ...

... Y huyendo, de un salto, se acurruca en el confesionario; apretándose en sí mismo, como queriendo hacerse nada ...

IV

... Indefenso, rezumando pavor, buscando amparo..., entreabre los ojos y mira a través de las rejitas de musitar las confesiones; y queda embelesado ante la desgonzada desnudez de Cristo en la cruz; del Cristo consolador, que toma tristeza infinita a la luz muriente de las velas que ofrendan los feligreses en precarias promesas de enmienda o en sufragio de las almas ...

... Y de entre el humo espermoso de las velas le parece ver resurgir a un Cristo libre de ataduras, caminante, doctrinario; y su voluntad de creer quiere del Maestro escuchar: —“Dejad que los niños se acerquen a mí”—; luego trata de esconder el buche ganancioso de su bolsillo al seguir escuchando: —“Primero entrará un camello por el hueco de una aguja, que un rico entrar en el Reino de los Cielos” ...

V

... Oye femeniles murmullos de voces que llegan del coro; voces de tonos suaves que empiezan a corear en ensayo navideño una cantata; musicalización amorosa que Chombo, el organista, hace crecer en armonía; y se llena el recinto de los altos y los bajos de la sublime canción de cuna de la Natividad: *Noche de paz* ...

VI

... A su regreso trae en el alma el sentido de la Nochebuena; y en el fondo de la portezuela de la puerta mayor está don Güin en paciente espera, en sosera de perdidoso; y Matojo le alarga un puñado de sus "líricas"; y juntos vuelven a jugar en el atrio ladrilloso, a la sombra apacible de las acacias ...

XLIX

BULLANGA CALLEJERA

I

LA Navidad tiene no sé qué mágicos encantos de tradición festiva; con su llegada renace la ilusión de una esperanza que las gentes celebran a su manera: unas rezando; mas otras, las más, bullangueando ...

... van tomando colorido de jaleo las calles de dormida tradición pueblerina; salen de su encierro las promesas religiosas de los "cantaores" parranderos; cantares en "desgarraos" que siguen recordando el "cante jondo" andaluz; voces de gargantas rotas en ritmo de cuatro, güiro, guitarra y tambor; acompañan hembras de guiños

trasnochados, en recato de largas faldas bailadoras; un comer goloso de almojábanas, arroz con dulce y pasteles en festín de rones ...

II

... Y Matojo entra en la fiesta callejera, gritando, saltando; se une a la alegre música jíbara encabezada por el compás de cuero y madera del redoblante de Martín; nómada parranda que callejea procurando el favor de los aguinaldos ...

... Un emotivo muchacho que bate palmas cuando en las noches frías pasa una alegre trulla enarbolando los iluminados colorines de la farola de Alejo: monumental globo de papeles coloreados, con humeantes candiles interiores, atado en lo alto de una larga vara; de sus entrañas salen multicolores destellos ...

... La farola de Alejo en sazón de música bullanguera es un acontecimiento navideño, una alegría pueblerina ...

... Pasado el bullicio de la farola, se queda suspendido en la noche el bordoneo del latón de Perules: músico callejero que tiene la habilidad única de hacer de una cuerda fina y un latón cualquiera, un instrumento monocorde de agradables tonos. Y esta figura sancho-pancesca, lerda de pensares, de cetrina cara redonda con barbas ralas, de boca tabacosa, se idealiza en la mente de Matojo ...

L

LA LUCIÉRNAGA

I

EL reloj de la antesala da las diez. El muchacho, cansado del jolgorio callejero, acariciado por una tenue brisa hielosa que entra por la ventana, hace des-perezos buscando el sueño; pero las persistentes emociones que ha traído de la calle lo van desvelando ...

II

... lo entretiene el alejarse del tren de las once que ha dejado un olor a humo de carbón de piedra: vaho carbonoso que se espesa en el frioso relente de la noche navideña ...

... se afinan en su alma las motivaciones poéticas al escuchar el bordonear del latón de Perules: un agradable punteo en graves notas bajas de contrabajo, festejado por el traspase de palmadas y voces lejanas ...

III

... Sigue el bello acontecer; y mirando por el recuadro de la ventana queda absorto ante un cielo limpio, de fondo acerino, en pleno esplendor rutilante; y su curiosidad se detiene en las tres estrellas que simbolizan la cabalgata de los Tres Reyes Magos ...

... y aquellos tres símbolos de la amorosa leyenda bíblica humedecen sus ojos, y a través de las lágrimas las estrellas se transforman en haces de varillitas de colores; y cuando mayor es su deleite por tan singular maravilla, ve que una de las estrellitas magas entra por la ventana ...

... ¡Qué juego de ficción el de un cuerpo celeste tomando órbita en el ámbito de un cuarto oscuro! Su luz tiene la intermitencia de guiños multicolores, diríase que espectral ...

... Fustigado por la exaltación del miedo, Matojo grita; y la lucecita se va por la ventana ...

... ¡Qué chasco, y qué risa! El apasionante suspenso queda roto: todo por el capricho de una luciérnaga que acaba de marcharse ...

LI

LA LUCECITA ROJA

I

Es implacablemente fría la madrugada. Matojo duerme plácidamente en el calorcillo de la frazada, reponiéndose del duermevela de la prima noche ...

... y lo despiertan las voces desordenadas de los amigos que le recuerdan el compromiso de levantarse para la misa de aguinaldo; voces desgañitadas que hacen porfía al repique de campanas ...

... Una misa de alegre tradición que sirve de pretexto para un madrugón propiciante de pícaras travesuras niñas: volcar los zafacones, hacer guerra de chuponzos, sustituir el rótulo del médico por el del carnicero, atascar los cerrojos con tripa de pan ...

II

... Todos, tiritando bajo las lanas de gabanes viejos, se van en ruidoso tropel a ver pasar el tren de las cinco que ya viene bajando por el Culminante; es claro su jadeante fragor, y el chirrido de sus ruedas se hace gritos en las curvas: fragor y gritos que se desperdigan como ecos en la quietud serrana del amanecer ...

... Su alargada silueta de luces mortecinas se acerca campaneando; luego ... silbidos prolongados de frenos que aquietan su rodar crujiente ...

... La locomotora exuda en jadeos su fiebre de vapor; Matojo se le acerca para calentarse; contempla con curiosidad sus entrañas de fuego, y aquella trabazón de hierros y ruedas negros le parece un prodigio ...

... Otro pitazo corto, más campanear; los poderosos frenos se aflojan y ruidosos chorros de vapor van poniendo en perezosa marcha aquella pesada mole; toques que traquetean, crujir de maderas y coches que empiezan a pasar; racimos de muchachos encaramados en los estribos que juegan a la osada mentira de los adioses fugaces; reflejos de ventanillas de cristal y al través de los cristales, moteados de rocío, siluetas de cabezas reclinadas que mal duermen en el hastío del largo viaje ...

... Y Matojo se queda en nostálgico embeleso hasta que la solitaria lucecita roja del último vagón se pierde en la curva de Pueblo Nuevo ...

LII

MUTACIÓN

I

VAGUEDAD de trazos poéticos, concebidos en la bruma de lo esotérico, ha dejado la lucecita roja en el alma de Matojo; algo como si fuese la imagen indefinible de una alegoría que se aposentara con vivencia emotiva en el subconsciente ...

II

... A la luz naciente del alba, rumiando extraños sentimientos, dialogando consigo mismo, regresa al atrio de la iglesia; la misa ha comenzado; le llega en agrados el olor del incienso que en ese instante está perfumando la mística intención de las ceremonias; y el cántico que glorifica a la naciente aurora le trae la enseñanza del humilde nacimiento de Jesús en el pesebre...

III

... ¡Qué hermoso instante el de este amanecer!: movida belleza infinita al encuentro de un muchacho que ha entrado en el mundo de las introspecciones ...

... Y el conjunto de motivaciones bellas lo lleva a sentarse en la frialdad de un apartado banco ...

IV

... ¡Qué cambio, y qué misterio! Lo que antes fue acucioso motivo de juego, ahora es quietud contemplativa; ¡habrá nacido el poeta, o acaso el amor! ...

... De las tempranas meditaciones surge el teatral acontecer; su mirada se hace embeleso ante un solitario farol de triste luz mechera: faro callejero de tizne y humo, símbolo pueblerino de una época ...

... y como espectáculo de misterio vuelve a tomar vida la solitaria lucecita roja en aquellos cristales ahumados; una lucecilla casi fugaz, desvaneciente ...

V

... La inesperada teatralidad decrece hasta convertirse en un diálogo de mímicas: una lucecita irradiando sus finales alegorías; y un muchacho en la incógnita de suplicantes gestos inquisitivos ...

... No encuentra el porqué de ese cuerpecillo carmesí que desfallece; tal vez sea su voluntad de querer verlo; pero de estar allí, ¿a quién estará diciendo adiós con sus débiles guiños? ...

VI

... Suelta bridas a su imaginación, y deja que su entendimiento camine a su antojo; pero siente un vacío; algo así como si el candor del andariego muchacho se fuera quedando en rezagos; un ingenuo vivir de ilusiones que ha tomado el camino brumoso del pasado ...

... y en la bruma persiste, como si fuese una obstinada ternura que no quiere irse, la lucecita roja ...

VII

... Se oye el traquetear de una escalera; el toser del asmático farolero se hace ecos cavernosos, y sus alpargatas rezuman lastimoso caminar ...

... Rechocan las maderas, y resuena un soplido fuerte: luz de farol que se apaga, lucecita roja que se va ...

... Y en la soledad del banco queda la silueta de un adolescente en meditación profunda ...

EPILOGO

I

HEMOS estado en el pasado, Matojo; tú, en escena, como actor; y yo, detrás de las bambalinas, ayudándote a interpretar tus sentimientos, sirviéndote de apuntador ...

... contigo que siempre has vivido en mí, tierno y dulce; tú que eres el sustento de mi alma sensitiva y alivio de mis congojas cuando del ayer me traes el regalo de los recuerdos ...

... Si me ves adormilado, ¡alértame, Matojo! Quiero estar despabilado para que volvamos, cuando esté triste, a la placidez de tus andanzas ...

... ¡Cómo te habría gustado saber de niño que tus felices vivencias iban a ser contadas, pasado el tiempo, en un libro que llevara tu nombre! ...

II

... ¡Cuán bello es el candor de los niños!: pureza candorosa de ingenuo raciocinio; que no conoce de los mortales, la malicia; ni del bien y el mal, lo relativo ...

... Con esa misma ingenuidad has estado en tu ámbito de nacimiento, Matojo; como habrán viajado otros Matojos del mundo, en tropel de millones, al regazo de sus orígenes familiares ...

... muchas caritas risueñas en el regocijo de estar de nuevo en la niñez; francas caritas al viento que tan solo apagan sus risas ante las caras adustas y agrias de los mayores ...

III

... ¡Qué suave es el amor de los niños! ¡Cuánta ternura ponen en el ver, el oír, el besar! ...

... ¡Cuán feliz sería el hombre si esta inefable belleza se proyectara en las etapas de su existir! ...

... Para que así sea, tendrían que venir los nuevos tiempos; las nuevas enseñanzas que habrían de secar los mitos nacidos del miedo y la ignorancia, que rompiesen los diques que a la esperanza aprisionan; las redentoras

corrientes para que no hubiera pueblos que a la demagogia escuchasen, ni flagelos que a la dignidad doblegasen ...

... que la equidad abriese caminos de amor; y que el candor de los niños fuese el sentido primario de la bondad ...

IV

... La niñez es como una alegre mañana clara y limpia, es la felicidad misma de la vida ...

... Mi pensamiento debiera tener el prodigio de hacer que la pureza de esos cambiantes matices matutinos llegase plena a la media mañana, al mediodía, al atardecer ...

... A la media mañana de la juventud; luz del mediodía para la edad mediana; fulgores vivos de atardecer, cundidos de añoranzas, para los que declinan con el ocaso ...

V

... ¡Cuánto hemos viajado por el ayer, Matojo! Pero ya estamos en el presente: tú, dormido en mi corazón; y yo, acariciándote, velando tu sueño ...

... Duerme plácidamente, como duermen otros Matojos en las almas que viven en el paraíso de los ensueños ...

J. M. O.

INDICE

	Pág.
Prólogo	5
Capítulo I. — Acontecer Nocturno	11
" II. — El Mañanear	17
" III. — La Fuga de Matojo	19
" IV. — Mundo de Esplendores	23
" V. — Huesos y Palos Viejos	27
" VI. — El Ocaso de una yunta	31
" VII. — Sangre y Ternuras	35
" VIII. — Trasunto de Selva	39
" IX. — Conciencia Culpable	43
" X. — La Cena	45
" XI. — La Casa Grande	47
" XII. — Larga es la Tarde	49
" XIII. — Velada Nocturna	51
" XIV. — Noche de Miedos	55
" XV. — El Amanecer	57
" XVI. — Las Pozas	59
" XVII. — El Comedor	61
" XVIII. — Las Cisternas	63
" XIX. — El Tinajero	65
" XX. — La Despensa	67
" XXI. — Fogón de Abundancia	69
" XXII. — El Hornito	71
" XXIII. — El Trueque	73
" XXIV. — Tierras Pródigas	75
" XXV. — Rateros en las Talas	77

	Pág.
Capítulo XXVI. — Barta	79
" XXVII. — Noche Candelariana ...	81
" XXVIII. — Cavilación Lunar	83
" XXIX. — Juan Vélez	85
" XXX. — Llegan los Granos	87
" XXXI. — Muere el Héroe	89
" XXXII. — La Herrería	91
" XXXIII. — Adiós	93
" XXXIV. — Agobios	97
" XXXV. — Flor de Ruzalía	99
" XXXVI. — Vida Provinciana	101
" XXXVII. — Con los Zapateros	103
" XXXVIII. — El Sastre	105
" XXXIX. — El Farolero	109
" XL. — Incertidumbre	111
" XLI. — Los Trenes	115
" XLII. — Horas de Domingo	117
" XLIII. — ¡Cuánta Mudanza!	121
" XLIV. — Perplejidad	131
" XLV. — La noche de Cachón	133
" XLVI. — Ovejita de Ficción	137
" XLVII. — Preludio de Navidad	141
" XLVIII. — "Líricas y Carcamales" ...	143
" XLVIX. — Bullanga Callejera	147
" L. — La Luciérnaga	149
" LI. — La Lucecita roja	151
" LII. — Mutación	153
Epílogo	157



matojo

Mi querido Matojo, de sutiles y bellos pensamientos dorados por tu arte tan fino, otra vez me has mostrado el sereno camino de tocar las alturas de tus albos destellos.

Yo te admiro, Matojo, porque ha sido por ellos que tu pincel maestro culminó su destino de revivir las cosas del hacer pueblerino con frescura de niño bajo rubios cabellos.

Me llevas de la mano y yo marcho contento regustado del jugo meloso de tu cuento por entre ricas piñas, y cañas, y gandules;

y a pesar de los años y la adversa distancia, Floral Park se te llena de recuerdos azules y de vida lajeña resplandece tu infancia.